



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras



Dos lecturas de **Octavio Paz:**
El laberinto de la soledad y
El ogro filantrópico



T E S I S

Que para obtener el título de
**LICENCIADO EN LENGUA
Y LITERATURA HISPANICAS**

p r e s e n t a

Dante Arturo Salgado González



Directora de Tesis:
Mtra. Alicia Correa Pérez

México, D. F.

2000

285871



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Edmundo Mandujano Salgado

Dos lecturas de Octavio Paz:
El laberinto de la soledad y El ogro filantrópico

Índice

- 1 • **Introducción**
- 6 • **1. Apuntes biográficos**
- 30 • **2. Lectura de *El laberinto de la soledad y Posdata***
- 30 • 2.1 Líneas preliminares
- 35 • 2.2 *El laberinto de la soledad*
- 35 • 2.2.1 El pachuco y otros extremos
- 37 • 2.2.2 Máscaras mexicanas
- 40 • 2.2.3 Todos santos, día de muertos
- 42 • 2.2.4 Los hijos de la Malinche
- 46 • 2.2.5 Conquista y Colonia
- 48 • 2.2.6 De la Independencia a la Revolución
- 53 • 2.2.7 La «inteligencia» mexicana
- 56 • 2.2.8 Nuestros días
- 58 • 2.2.9 Apéndice: La dialéctica de la soledad
- 61 • 2.3 *Posdata*
- 63 • 2.3.1 Olimpiada y Tlatelolco
- 64 • 2.3.2 El desarrollo y otros espejismos
- 67 • 2.3.3 Crítica de la pirámide
- 70 • **3. Lectura de *El ogro filantrópico y Pequeña crónica de grandes días***
- 70 • 3.1 Líneas preliminares
- 71 • 3.2 Sobre la estructura de los libros
- 72 • 3.3 *El ogro filantrópico*
- 72 • 3.3.1 El presente y su pasado
- 80 • 3.3.2 Hechos y dichos
- 85 • 3.3.3 Eros / Job
- 88 • 3.3.4 La letra y el cetro
- 90 • 3.4 *Pequeña crónica de grandes días*
- 91 • 3.4.1 Pequeña crónica de grandes días
- 94 • 3.4.2 Piezas de convicción
- 97 • **Conclusiones**
- 100 • **Bibliografía**

Introducción

Desde su nacimiento mismo, con los escritos de Montaigne a finales del siglo XVI, hasta nuestros días, el ensayo sigue siendo un género huidizo, polémico: inclasificable. Molde polifacético que admite cualquier tema, a cuenta que sea interesante, como pedía el propio Montaigne, el ensayo ha servido a múltiples pensadores para “pasearse” por asuntos “ajenos” a su profesión. Tal es el caso de Octavio Paz que, asumiéndose siempre como poeta, escribió de temas muy diversos que van del arte a la literatura, pasando por la filosofía, la antropología, la sociología, la historia y la política. Supo muy bien que el género que más cultivó para la prosa -el ensayo, por supuesto- le daba libertades que ningún otro género podía otorgarle. Se asumió como heredero de los grandes ensayistas, sobre todo de la escuela moral francesa -Montaigne y Camus, por ejemplo-, como él mismo lo admitió, y ejerció a plenitud su natural vocación de “regodearse” con asuntos diversos.

Entre los temas que más lo apasionaron están, sin duda, la literatura y la política. Sobre ellos escribió cientos de páginas que ahora son lecturas ineludibles para quienes pretendan estudiar las letras de México y su contexto.

Desde muy joven, y siguiendo el ejemplo de su padre y de su abuelo, Paz escribió de lo que veía a su alrededor; sus primeras posiciones ideológicas, influidas por el marxismo, lo obligaban a ser un acucioso censor de la realidad de su país y del mundo. La herencia librepensadora de su familia lo inclinaba a buscar siempre la libertad y la justicia como premisas irrenunciables del ser humano. No es extraño, entonces, que, apenas teniendo conciencia de que quería ser escritor, se lanzase de manera frontal a defender públicamente sus ideas. Esta actitud, como sabemos, lo caracterizó toda su vida.

Dos libros de él, primordialmente, ocupan estas lecturas que ahora presento: *El laberinto de la soledad* (1950) y *El ogro filantrópico* (1979). Son dos obras, a mi juicio, que marcan momentos importantes en su vida creativa y personal. El primero es el inicio de Paz como ensayista maduro; el segundo es la “estocada final” a sus enemigos ideológicos: el comunismo y sus regímenes totalitarios, la guerrilla y la literatura al servicio del poder. En el primero trata de responder a sus preguntas sobre México y el mexicano y, aunque él mismo lo afirma, no se trata de elaborar una “filosofía del mexicano”: Paz busca entenderlo para entenderse a sí mismo. En el segundo mantiene su guerra sin cuartel frente a los enemigos de la libertad: cualquier sistema o ideología que ofrezca paraísos en donde el ser humano se convierte en esclavo, o del Partido o del caudillo, no pueden ser una opción seria para el hombre.

La obra de Octavio Paz, en realidad, es una sola: sus poemas y sus ensayos están contruidos con la misma poética; las mismas ideas que lo inspiraban para escribir un verso, le servían, al mismo tiempo, para reflexionar sobre otros temas distintos a la escritura. Su pasión por la política la traía en la sangre: el mantel de su casa siempre “olía a pólvora”; sin embargo, su participación en este terreno fue en todo momento desde la trinchera del intelectual que prefiere la palabra escrita, a la tribuna, para hacerse oír.

He utilizado, además de los libros mencionados, otros dos para complementar estas lecturas: *Posdata* (1970) y *Pequeña crónica de grandes días* (1990). El primero era obligado, toda vez que el propio Paz se refirió a él como una “prolongación autocrítica” de *El laberinto* y, el segundo es un texto escrito cuando la historia había confirmado, de alguna manera, intuiciones y juicios que Paz había elaborado desde muy joven. No se trata, desde luego, de vaticinios ni de adivinaciones del poeta, sino de visiones sustentadas en una

aguda e inteligente observación de la realidad que llevó a Paz a hacer afirmaciones que, años después, confirmarían que estaba en lo correcto. Pudo haberse equivocado en sus juicios políticos: imposible dudar de ello, pero no fue así: sus análisis no eran ocurrencias, sino posiciones de alguien que asumía como herramienta reflexiva un elemento objetivo: la crítica y la autocrítica. En este sentido Paz fue fiel al signo que, según opinión permanente en él, caracterizaba a la modernidad.

He dividido el trabajo en tres capítulos: en el primero hago un repaso, aunque breve, de la vida de Octavio Paz, privilegiando aquellos hechos que hablan de su vida como ensayista o polemista político; en el segundo presento la lectura de *El laberinto de la soledad* y *Posdata*; y, en el tercero la lectura de *El ogro filantrópico* y *Pequeña crónica de grandes días*. Los temas de los libros de Paz leídos en el capítulo dos son básicamente México y lo mexicano, mientras que en el tercero, sus disquisiciones se refieren mucho más al contexto mundial. Paz siempre creyó que era muy importante formar parte de la Tradición: reconocerse en un ámbito mucho más amplio que el de nuestro país. Somos occidentales, decía, aunque una parte *sui generis* de esta tradición por nuestras raíces prehispánicas. Paz no hace otra cosa que buscar ubicarnos en el mundo: universalizar lo mexicano: hacemos contemporáneos de todos los hombres. Y no se trataba de un capricho de artista, sino de reconocer algo que habíamos negado una y otra vez: también somos hijos -querámoslo o no- de Europa.

La presente tesis no se trata de un estudio del ensayo político de Octavio Paz, sino de un repaso de sus principales ideas sobre la política y, en algunos momentos, sobre la historia de nuestro país. En el caso de *El laberinto*, también he buscado destacar las ideas que Paz manejó sobre el mexicano y lo

mexicano. Mi pretensión ha sido advertir que más allá de la razón o no razón de un texto dado está también el valor del escritor de emitir su juicio, su opinión. Mientras que en la poesía el “yo narrativo” no se identifica, necesariamente, con el autor que firma el poema, en el ensayo es ineludible la responsabilidad del que firma el texto ensayístico. Así se explica, de cierta manera, el hecho de que Paz haya provocado tantas polémicas: no sólo porque los temas que trataba se prestaban a divergencias, sino porque, en muchos casos, se trataba de Octavio Paz discutiendo: este solo hecho bastaba, en algunas ocasiones, para que se desatara la polémica.

¿Por qué leer a Octavio Paz? Porque de su lectura, más que conocimientos o datos de tal o cual suceso, podemos aprender actitudes: la de él fue una actitud crítica que reflejan prácticamente todos sus ensayos; no se trata de destacar su “precisión” en los distintos campos del conocimiento que abordó, porque como humano tuvo fallas y equivocaciones; me parece que lo que realmente nos dejó en su obra es el rigor crítico con el que observaba los hechos y la congruencia que mantuvo en esta actitud toda su vida. Sus escritos reflejan también el valor y la energía para enfrentarse al poder, cuando lo consideró necesario, y el lugar primordial que él le dio siempre a la literatura como mecanismo de liberación espiritual del hombre y la condición de poeta como el ente capaz de hablar por la grey.

No he puesto a discusión en el trabajo la vigencia, por ejemplo, de *El laberinto de la soledad*, porque a mi juicio es absurdo hacerlo si se trata de un libro con un millón de copias impresas: mientras el libro se lea cumple perfectamente con su cometido de comunicar ideas. Tampoco discuto si Paz tuvo o no razón de abandonar -no completamente, a mi juicio- el marxismo o el existencialismo, porque fueron tendencias que no cambiaron las ideas de fondo

del poeta: la lucha por la libertad del ser humano, por la democracia y por un modelo de desarrollo más humano del que proponían los dos principales bloques ideológicos del mundo. Mis lecturas tratan de presentar, no obstante que se refieren a libros que van de 1950 a 1990, que la idea central de Paz se mantuvo toda su vida: la libertad del ser humano por encima de cualquier situación y a cualquier precio.

Los dos libros que me sirven de base para este trabajo, además de ser fundamentales en la bibliografía de Paz, han sido muy leídos y discutidos: no han pasado desapercibidos para la crítica nacional y extranjera. Y ha sido así porque las ideas que los sustentan son universales. Paz tuvo la osadía, la inteligencia y la perspicacia de dialogar intelectualmente con quien quiso; abrevó de todas las culturas de todos los tiempos y sus ensayos son la evidencia de esta actitud integradora.

Esta lectura, en particular, busca “provocar” nuevas lecturas de la obra de Octavio Paz y cumplir así con uno de sus mayores deseos: la discusión, sin llegar al pleito de callejón, de ideas; el airear “públicamente” los asuntos públicos (que suelen arreglarse en privado); el disentir sin temor a ser vetados por las mafias culturales (reconocidas o no) o los medios de comunicación al servicio del Estado y, en resumen, a ejercer la tolerancia en favor de las partes debatientes, pero, sobre todo, del desarrollo integral del país.

1. Apuntes biográficos

Es muy difícil hablar de pre-destinación, pero también es muy difícil evadir la tentación de hacerlo cuando se repasa la vida de una figura central en las letras mexicanas como lo fue y lo sigue siendo Octavio Paz. Es un asunto que nada tiene que ver con la calidad literaria de un escritor y que lejos de explorar objetivamente su obra se presta a malos entendidos, pero no deja de ser atractiva la idea de que hay hombres que vienen marcados a cumplir una misión particular, a sobresalir, a servir al lenguaje para re-nombrar al mundo, para señalar a sus congéneres que si no hay nada nuevo bajo el sol, sí es posible volver a ver todo con otras miradas.

Pocos poetas en México han tenido la suerte de nacer en una familia con los antecedentes políticos y literarios como la de Octavio Paz. Tanto su abuelo como su padre fueron abogados librepensadores que participaron en los hechos históricos del momento que vivieron: la Reforma y la Revolución, respectivamente. Paz vino marcado por su familia pero también por el signo de su época: la modernidad: la crítica.

Figura central en la vida del Nobel mexicano fue su abuelo Ireneo Paz, un liberal originario de Jalisco que fue abogado, político, periodista, poeta y narrador. Ireneo Paz nació en 1836 en Guadalajara. Amigo personal de Porfirio Díaz, ayudó a éste a la redacción del Plan de Tuxtepec y en 1876 -primero de muchos años en el poder de Porfirio Díaz- fundó uno de los varios periódicos que también dirigió: *La patria*. Este periódico dejó de editarse el mismo año del nacimiento de Octavio Paz Lozano: 1914. La trayectoria de Ireneo Paz es de encuentros y desencuentros con Don Porfirio, a quien no dejaba de criticar y, al mismo tiempo, de quien recibía beneficios; entre otros, dos diputaciones y

una senaduría para su hijo mayor Arturo. Ireneo Paz mantiene, sin embargo, su posición de liberal, misma que sustentaba con una vasta cultura nutrida por la lectura de los clásicos.

1914 es un año difícil para la familia del recién nacido. El abuelo, sostén en muchos sentidos de la prole, viene a menos en lo político y en lo económico. La revolución está en su apogeo. Las luchas intestinas hacen tomar partido al padre de Octavio Paz, a Octavio Ireneo Paz Solórzano por el bando zapatista del que fue su representante - a partir de abril de 1916 y hasta la muerte de Zapata- ante Estados Unidos, hecho que lo lleva a vivir a Los Ángeles, lugar al que llevarían al pequeño Octavio durante un año. Regresan cuando es asesinado Zapata y Octavio Ireneo ocupará una curul como diputado de 1919 a 1922. La infancia -los primeros diez años- la llenan su madre -Doña Josefina-, su tía Amalia, su abuelo, y la importante biblioteca de éste. Los padres de Octavio Paz se habían mudado -salvo el año que viven su madre y él en Los Ángeles- a la casona de Mixcoac del abuelo desde 1914. El propio Paz recuerda esos tiempos:

Me veo, mejor dicho: veo una figura borrosa, un bulto infantil perdido en un inmenso sofá circular de gastadas sedas, situado justo en el centro de la pieza. Con cierta inflexibilidad, cae la luz de un alto ventanal. Deben ser las cinco de la tarde pues la luz no es muy intensa. Muros empapelados de un desvaído amarillo con dibujos de guirnaldas, tallos, flores, frutos: emblemas del tedio [...] Hay un ir y venir de gente que pasa al lado del bulto sin detenerse. El bulto llora. Desde hace siglos llora y nadie lo oye. Él es el único que oye su llanto. Se ha extraviado en un mundo que es, a un tiempo, familiar y remoto, íntimo e indiferente [...] Instante interminable: oírse llorar en medio de la sordera universal... No recuerdo más¹.

No es un secreto que la relación de Octavio Paz con su padre no fue la ideal. Un alto muro de silencio se levantó desde siempre entre ambos, encalado

¹ Octavio Paz, *Itinerario*, México, FCE, 1993, pág. 14

por el alcoholismo del padre. La soledad del pequeño se agravaría con la muerte de su abuelo en 1924. Doce años después acaecería la del padre en un accidente trágico que Octavio Paz recreó poéticamente en *Pasado en claro*:

*Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora entre sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa de desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos.²*

Otro verso de este mismo libro podría resumir el sentimiento que Octavio Paz albergó toda su vida: “En mi casa los muertos eran más que los vivos”. A pesar de la falta de figuras masculinas en su vida de adolescente y joven, el abuelo y el padre habían dejado ya una herencia imborrable: el amor por los libros y por la defensa de ideales y causas sociales. Al joven estudiante de Derecho en la Universidad Nacional no le quedaba más remedio -como a los héroes de las tragedias griegas- que seguir el destino que ya se había trazado para él y que conscientemente él también asumía. Paz escribió un poema titulado “Canción mexicana” en donde reconoce este legado:

Mi abuelo, al tomar café,

² Paz, *Pasado en claro*, México, FCE, 1999, pág. 29. Paz escribió dos poemas más en donde alude a la muerte de su padre: “Elegía interrumpida”, contenido en *Libertad bajo palabra*, y “A la mitad de esta frase...” publicado en *Vuelta*. Éste último es también de un dramatismo admirable: “Lo que fue mi padre / cabe en ese saco de lona / que un obrero me tiende / mientras mi madre se persigna”.

*me hablaba de Juárez y de Porfirio,
los zuavos y los plateados
y el mantel olía a pólvora.*

*Mi padre, al tomar la copa,
me hablaba de Zapata y Villa,
Soto y Gama y los Flores Magón.
Y el mantel olía a pólvora.*

*Yo me quedo callado:
¿De quién podría hablar?*

Obviamente el penúltimo verso es sólo -para fortuna nuestra- un recurso retórico: no sólo no se quedó callado, sino que habló desde muy joven. Habló de muchos temas, pero sin duda, de los que más le apasionaron: de literatura y de política. Su trayectoria como pensador e intelectual inicia cuando él apenas contaba 17 años: fue un joven adulto y con el paso del tiempo un adulto que no perdió los arrestos de la juventud.

Es difícil, aun para objeto de estudio, dividir la vida de Octavio Paz. ¿Cuántas etapas podemos plantear de este autor? ¿Qué periodos marcan finales e inicios de ciclos creativos? Tarea de verdad ardua cuyo resultado siempre podrá ser inconsistente. Vamos a aventurarnos a señalar tres (sobre todo considerando algunos aspectos políticos de su vida). El primero va de su nacimiento hasta su viaje a España en 1937. El segundo de su regreso de España a México hasta su renuncia a la embajada de México en la India en 1968 y el último, de la renuncia como embajador a su muerte. El primer periodo de nuestro autor está marcado por el marxismo, por el furor y la convicción de que la revolución era el camino más corto para conseguir la libertad de los pueblos y con la esperanza de que la revolución de octubre era la ansiada posibilidad para la

humanidad de encontrar un régimen justo de convivencia. La segunda etapa tiene una triple influencia que lejos de suprimirse mutuamente se enriquece: el existencialismo, el surrealismo y el budismo. Finalmente, en el tercer ciclo que hemos propuesto, hay una “vuelta” al liberalismo y a hacer sobresalir las ideas de democracia por encima de cualesquier otra, como principio ineludible hacia la libertad. En todo momento Paz fue un viajero, asunto de mucha importancia en su vida, porque este hecho le permitió conocer y confrontar diversos modos de vida y de pensamiento. Su largo itinerario por el mundo le ofreció una visión enriquecida de su propio país.

Creo que no puede aseverarse que Paz haya “superado” sus etapas, es decir, a mi juicio nunca dejó de ser marxista del todo, como tampoco dejó de ser existencialista o surrealista, pues de estas filosofías siempre tomó lo que le servía a su propia cosmovisión. Llegó a su última etapa nutrido de mundo, en comunión con muchas culturas e ideas de distintas latitudes. Los cambios en sus posturas, sobre todo políticas, obedecían siempre a la idea fija de libertad; buscó ser congruente con esta postura sin “desechar” lo bueno de cada corriente de que se había nutrido. Pero revisemos la primera etapa.

La adolescencia y los primeros años de la juventud de Octavio Paz coinciden con la “institucionalización” del “nuevo” régimen revolucionario. En 1929, cuando Paz cumplía 15 años, Plutarco Elías Calles fundaba el Partido Nacional Revolucionario (PNR), abuelo del actual PRI, al que Paz no alcanzó a ver fuera del poder. Se dice fácil, pero así son los hechos: toda la vida creativa de Paz gobernó en su país un solo partido político. Ese mismo año se gestó el movimiento en favor de la autonomía universitaria y también fue el año de la “fiebre” vasconcelista que contagió a mucha gente y dejó ver lo que sería

nuestro sistema político en sus siguientes setenta años: un monolito hecho para justificar la inamovilidad del grupo gobernante.

1930 fue el año de ingreso de Octavio Paz a la Escuela Nacional Preparatoria y 1932 a la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional, para continuar la tradición familiar de su abuelo y de su padre. Estos son los años también de sus inicios como poeta y ensayista. En 1931, junto con sus compañeros Rafael López Malo, Salvador Toscano y Martínez Lavalle, funda la revista *Barandal* que duraría siete números, suficientes para darse a conocer en el medio estudiantil y literario de la época y para iniciar también una brillante carrera como editor de revistas literarias. En 1933 Paz vuelve a la aventura editorial, ahora con la revista *Cuadernos del Valle de México*, de más corta vida que *Barandal*, aunque más definida en el aspecto ideológico: la Unión Soviética es en ese momento la estrella polar que guía y entusiasma a los jóvenes revolucionarios mexicanos. 1933 es también el año de la publicación de *Luna silvestre*, primer libro de poemas de nuestro autor. Paz recuerda estos años en su inconfundible estilo:

En 1929 comenzó un México que ahora se acaba. Fue el año de fundación del Partido Nacional Revolucionario y también el del nacimiento y el del fracaso de un poderoso movimiento de oposición democrática, dirigido por un intelectual: José Vasconcelos. La revolución se había transformado en institución. El país, desangrado por veinte años de guerra civil, lamía sus heridas, restauraba sus fuerzas y, penosamente, se echaba a andar. Yo tenía quince años, terminaba mis estudios de iniciación universitaria y había participado en una huelga de estudiantes que paralizó la universidad y conmovió al país. Al año siguiente ingresé en el Colegio de San Ildefonso, antiguo seminario jesuita convertido por los gobiernos republicanos en Escuela Nacional Preparatoria, puerta de entrada a la facultad.³

³ *Itinerario*, pág. 46

Sin duda uno de los hechos históricos que marcarían de manera decisiva a Paz fue la Guerra Civil Española. En 1936, apenas iniciada la confrontación, publica su poema "No pasarán", que junto con *Luna silvestre* habían desaparecido prácticamente de la obra general por decisión personal del poeta hasta la edición en 1999 del tomo XIII de sus *Obras completas*. Su adhesión por la causa republicana era más que obvia. En ese mismo año visita nuestro país Rafael Alberti; Paz lo conoce y tiene un primer acercamiento, decisivo en cierta medida para la invitación que recibiera el siguiente año al Segundo Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, también conocido como Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia.

A principios de 1937 Paz toma dos decisiones definitivas en su vida: decide que no va a ser abogado y se va de la Ciudad de México a Mérida, Yucatán, a fundar una escuela para trabajadores. Es quizá su periodo más álgido como marxista, tal vez resulte exagerado llamarlo comunista. La península de Yucatán lo marcó en buena medida: la convivencia con una raza prehispánica como la maya y la visión inmediata de la explotación que sufrían avivó su espíritu justiciero y acrecentó su interés por las raíces de un México polifacético y pluricultural que seguían vivas a pesar de haber sido ninguneadas por centurias:

La palabra *Yucatán*, como un caracol marino, despertaba en mi imaginación resonancias a un tiempo físicas y mitológicas: un mar verde, una planicie calcárea recorrida por corrientes subterráneas como las venas de una mano y el prestigio inmenso de los mayas y de su cultura. Más que lejana, Yucatán era una tierra aislada, un mundo cerrado sobre sí mismo [...] Pasé unos meses en Yucatán. Cada uno de los días que viví allá fue un descubrimiento y, con frecuencia, un encantamiento [...] Por primera vez vivía en tierra caliente, no en un trópico verde y lujurioso sino blanco y seco, una tierra llana rodeada de infinito por todas partes. Soberanía del espacio: el tiempo sólo era un parpadeo.⁴

⁴ *Ibid.*, pág. 54

Tres meses duró su estancia en Yucatán, interrumpida por un telegrama de Elena Garro en donde le comunicaba que había sido invitado, junto con Carlos Pellicer y José Mancisidor, al Congreso Internacional que se celebraría en Valencia del 4 al 17 de julio de 1937:

Lo invitaron a un congreso de intelectuales antifascistas en Madrid. Pero Paz estaba en Yucatán y no se enteró de la invitación, ya que ésta salió en un rincón pequeño de un periódico. Hubo que mandarle telegramas. Él contestó dando instrucciones: debía ir a la LEAR, Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, a decir que aceptaba y que volvía a México con rapidez.⁵

Paz y Pellicer no pertenecían a la LEAR a pesar de la marcada simpatía ideológica del primero por las ideas de izquierda. Vencidos obstáculos menores parte hacia España, previo rápido matrimonio con Elena Garro, quien lo acompaña en este primer periplo por algunos países europeos. O por su juventud, o por su ya incipiente duda sobre la realidad soviética, Paz no tiene una participación destacada en el Congreso; dicta tres conferencias, dos de ellas sobre literatura y arte y una tercera, en una mesa redonda, sobre “La revolución en marcha”. La huella que deja España y su terrible desgarramiento interno fueron decisivos en la vida del Nobel mexicano. Apenas a los 23 años de edad descubría el mundo carnicero, la feroz lucha por el poder y el inicio del derrumbe de una de las utopías aparentemente más sólidas: la Unión Soviética.

Mi experiencia española fue varia y vasta [...] He señalado lo que significaron para mí los días exaltados que pasé en España: el aprendizaje de la fraternidad ante la muerte y la derrota; el encuentro con mis orígenes mediterráneos; el darme cuenta de que nuestros enemigos también son seres humanos; el descubrimiento de la crítica en la esfera de la moral y la política. Descubrí que la

⁵ Elena Garro, *Memorias de España 1937*, México, Siglo XXI, 1992, pág. 7

revolución era hija de la crítica y que la ausencia de crítica había matado a la revolución.⁶

España fue el inicio del desencanto comunista. Múltiples sucesos vividos en ese viaje -y narrados por el propio Paz- dan cuenta de esta metamorfosis no exactamente ideológica, pero sí en la actitud que iría asumiendo nuestro poeta a partir de entonces frente al comunismo y a los autodenominados comunistas. El linchamiento de André Gide en el Congreso por sus críticas a la URSS ponían sobreaviso a Paz de un hecho contundente: el dogmatismo estaba por encima del mismísimo sentido común. Otro factor fue la persecución a León Trotski.

A su regreso a México, a finales de 1937, Paz trabajó y colaboró para *El Popular*, medio significativamente de izquierda. Las ideas de Paz seguían siendo marxistas, aunque el germen de la crítica ya había invadido su espíritu. En 1939 y hasta 1941 participa en una revista importante ya en su biografía intelectual: *Taller*. 1941 es un año de ruptura en varios sentidos: deja de publicarse *Taller*, rompe con Neruda y deja de colaborar en *El popular*. La ruta que se trazaba Paz a sí mismo era irreversible: sus desencuentros con amigos y conocidos de antaño serían cada vez más frecuentes. No eran suspicacias ni imagerías lo que movían el cambio en Paz; el asesinato de Trotsky en agosto de 1940 y el pacto soviético-alemán no eran hechos que pudieran soslayarse o interpretarse como meros deslices políticos.

En esta época Paz comienza a publicar de manera regular en diversos medios. Trabajos suyos se encuentran en *El hijo Pródigo*, *Tierra Nueva*, la revista argentina *Sur* y a partir de 1943 colabora de manera regular en el periódico *Novedades*. Paz ya no era el mismo Paz de 1937. Era otro que seguía siendo fiel a su formación librepensadora, a su amor por la libertad y a la

⁶ *Itinerario*, pág. 58

defensa de la justicia. La herramienta moderna que más utilizará será la crítica, en ella funda Paz su convicción de que la democracia es la base de una mejor forma de vida como grupo.

A finales de 1943 Paz obtiene la beca Guggenheim y viaja a Estados Unidos: otro viaje fundamental; desde allí empezaría a “ver” lo mexicano y lo latinoamericano con otra mirada, ahí está si no el germen, sí el pre-texto de *El laberinto de la soledad*, su primer gran libro de ensayos. No es ocioso apuntar que son los años de la Segunda Guerra Mundial. A él le toca asistir a la asamblea constitutiva de la Organización de Naciones Unidas. Su itinerario norteamericano incluye Los Ángeles, Berkeley, San Francisco, Middlebury y Nueva York. Mientras gozó de la beca su estancia no sufrió apuros, pero llegó a vivir algunos meses casi de milagro.

El tiempo que pasó en el vecino país del norte fue para Paz la puerta de ingreso a la literatura en lengua inglesa: sus horizontes se ampliaban de manera considerable: se reencontraba con su destino. Eliot, Pound, Frost, Williams, Orwell son apenas un atisbo de sus innumerables lecturas; un mundo nuevo y seductor lo convertía en contemporáneo de todos los hombres.

Los años que pasé en los Estados Unidos fueron ricos poética y vitalmente. En cambio, el intercambio de ideas y opiniones sobre asuntos políticos fue casi nulo. Pero leía y me seguían preocupando los temas de antes. Por recomendación de Serge me convertí en un asiduo lector de *Partisan Review*, cada mes leía con renovado placer la *London Letter* de George Orwell [...] Pero Orwell no podía ayudarme a contestar ciertas preguntas que me desvelaban y que eran más bien de teoría política [...] Entre aquellas preguntas, una me parecía esencial pues de ella dependía mi actividad y el camino que debería seguir: ¿cuál era la verdadera naturaleza de la Unión Soviética? No se la podía llamar ni socialista ni capitalista: ¿qué clase de animal histórico era? No encontré una respuesta.⁷

⁷ *Ibid.*, pág. 76

1945 marca el fin de la primera estancia de Paz en Estados Unidos. Su próximo destino: Francia, París. Gracias a la amistad de su padre con Francisco Castillo Nájera y al nombramiento de éste como Secretario de Relaciones Exteriores, Paz consigue empleo en esta dependencia del gobierno mexicano, primero en los consulados de San Francisco y Nueva York y después, como secretario en la embajada de México en Francia. Su nuevo trabajo en el servicio exterior mexicano le dan la tranquilidad necesaria para dedicarse a escribir con la pasión y la disciplina que no lo abandonarían el resto de su vida; amen de los múltiples viajes que el encargo diplomático le facilitaba. París era el reencuentro con lo más granado de la intelectualidad mundial. Era también el "regreso" al surrealismo, del cual había tenido noticia y contacto por los artistas que se aventuraron en 1938 a venir a México: Breton, Peret, Paalen, Carrington, Varo, etcétera. En París Paz reactiva su amistad con Breton y su grupo y aunque no es posible calificar a Paz de surrealista en la misma dimensión que a Breton, sí fue una influencia visible y benéfica en la actitud creadora del mexicano. Del surrealismo toma Paz la idea del amor como subversión capaz de cambiar al mundo; de la creación poética como producto onírico y de un estado automático y de la revolución como la única vía de salvar al hombre; él mismo ha dicho -dentro de esta concepción surrealista- que poesía, amor y revolución son tres sinónimos ardientes.

La Francia de la postguerra a la que llega Paz, si bien está apenas superando el trauma bélico, es ya la capital del pensamiento humanístico en la que todo intelectual sueña vivir:

Encontré una Francia empobrecida y humillada pero intelectualmente muy viva. Perdida su antigua influencia artística, París se había convertido en el centro del gran debate intelectual y político de esos años.⁸

Esos años lejos de México le dan a Paz la visión necesaria para escribir *El laberinto de la soledad*. Sus reflexiones son sobre su país, pero desde una perspectiva muy personal. El "yo" que suscribe ese libro es el mexicano en general, pero es también Octavio Paz y su experiencia individual como mexicano. Su posición frente al socialismo real es ya indeclinable; sus diferencias con los intelectuales que se empeñan en mantenerse ciegos a las tropelías de Stalin van en aumento. De esa época -marzo de 1951- es su colaboración en *Sur* sobre los campos de concentración soviéticos y la polémica que David Rousset desató en Francia sobre el mismo tema. Era la declaratoria de guerra abierta que perseguiría a Paz a lo largo de su días. Sobre ese suceso él mismo recuerda:

Sentí una suerte de liberación y esperé los comentarios. Hubo pocos: recibí, como dice la antigua expresión, la callada por respuesta. O a la mexicana: "me ningunearon". Supe después que los comentarios hablados habían sido duros y despectivos. En México, antes, había sido visto con sospecha y recelo; desde entonces, la desconfianza empezó a transformarse en enemistad más y más abierta e intensa.⁹

En 1951, aun contra su deseo, es enviado a la India y luego al Japón. Su fructífera estancia en París se ve interrumpida. Ya había sido editado su libro *El laberinto de la soledad* -1950- con el sello de Cuadernos Americanos dirigido en ese momento por Jesús Silva Herzog. Era, a sus 38 años, un reconocido escritor e intelectual, aunque faltaba lo más importante de su carrera. Ese primer contacto con Oriente iba a resultar, a la postre, definitivo en su

⁸ *Ibid.*, pág. 81

⁹ *Ibid.*, pág. 97

cosmovisión y en su poética. Ya nada, otra vez, podía ser igual. Pero no se trataba de cambios abruptos, sino de ensanchamientos que enriquecían su escritura y sus ideas sobre el ser humano; un nuevo conocimiento no limitaba o suprimía los anteriores sino que los ampliaba en el mejor sentido de la palabra. Paz recordaría mucho tiempo después ese primer viaje a la India:

Llegamos a Bombay una madrugada de noviembre de 1951. Recuerdo la intensidad de la luz, a pesar de lo temprano de la hora; recuerdo también mi impaciencia ante la lentitud con que el barco atravesaba la quieta bahía. Una inmensa masa de mercurio líquido apenas ondulante [...] Poco a poco brotaban las arquitecturas blancas y azules de la ciudad, el chorro de humo de una chimenea, las manchas ocres y verdes de un jardín lejano.¹⁰

Esta sería la primera de dos estancias en la India; la segunda, en 1962, fue más prolongada. En 1953 regresa a México a ocupar primero el cargo de Subdirector General de Organismos Internacionales de la Secretaría de Relaciones Exteriores y en 1954 la Dirección General. Su desempeño en esta posición duró hasta 1959, año de una nueva salida del país. Pero en ese lapso de seis años hizo cosas muy importantes para su carrera personal y para las letras en lengua castellana.

Tres libros de poesía publica en este periodo: *Semillas para un himno*, 1954; *Piedra de sol*, 1957, y *La estación violenta*, 1958; así como dos de ensayos: *El arco y la lira*, 1956, y *Puertas al campo*, 1957; y su única obra de teatro: *La hija de Rapaccini*, 1956. Seis libros en seis años. Seis libros fundamentales para las letras mexicanas. Este intenso trabajo lo ubicó ya sin discusión como uno de los escritores más importante en su lengua. En 1957, un joven de apenas 20 años, Jean-Clarence Lambert, traduce al francés una selección de poemas de Paz que tituló *Aigle ou soleil?* y en 1959 *El laberinto*

¹⁰ Paz, *Vislumbres de la India*, México, Seix Barral, 1995, pág. 11

de la soledad. Así, Paz entraba a la plaza pública de la crítica europea, hecho por demás trascendente para un escritor latinoamericano.

En este periodo consolida su amistad con destacados intelectuales: Carlos Fuentes, Ramón Xirau, Elena Poniatowska, Jaime García Terrés, Jorge Portilla, entre otros. Su influencia en algunos, como en el caso de Fuentes y particularmente en la novela *La región más transparente*, es muy marcada. En 1955, respaldado por García Terrés, entonces director de Difusión Cultural de la UNAM, impulsa el proyecto "Poesía en Voz Alta", que uniría además de los ya mencionados a Juan José Arreola, Leonora Carrington, Héctor Mendoza, Juan Soriano, Ignacio López Tarso, Ofelia Guilmáin, entre muchos otros.

En febrero de 1956 se celebró el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. En él, en sesión secreta, Nikita Krushev reconoció lo que algunos intelectuales como Paz habían denunciado años atrás: los campos de concentración y las purgas. Este acontecimiento, aunque devastador para quienes fueron susceptibles de ver de frente la realidad soviética, no alteró a otros que siguieron creyendo a ciegas en la utopía del socialismo real. La muestra la puso Cuba y su revolución a finales de 1958.

Paz sale de nuevo de México en 1959 a los cuarenta y cinco años. Otro apasionante periplo esperaba a nuestro Nobel. En 1962 se hace cargo de la embajada de México en la India, país al que volvía casi involuntariamente:

Cuando al cabo de veinte años de servicio, la persona que entonces era secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Tello, me propuso un puesto de embajador, lo hizo con cierta abrupta franqueza y en estos términos: «No le puedo ofrecer nada sino la India. Tal vez usted aspire a más pero, teniendo en cuenta sus antecedentes, espero que lo acepte». No me ofendieron sus palabras ni el tono de su ofrecimiento: tómelo o déjelo. Acepté inmediatamente.¹¹

¹¹ *Itinerario*, pág. 109

Para la obra creativa de Paz la India fue fundamental. Muchas intuiciones de juventud se aclararían y confirmarían al ser contrastadas con la filosofía y religiones orientales: la ilusión del yo, la vacuidad, la plenitud, el cuerpo como doble del universo, la analogía, la dualidad, la conciliación de contrarios, etcétera. Esa “vuelta” a la India, en palabras del propio autor fue su “segundo nacimiento”:

En 1962 regresé a Delhi como embajador de mi país. Permanecí un poco más de seis años. Fue un período dichoso: pude leer, escribir varios libros de poesía y prosa, tener unos pocos amigos a los que me unían afinidades éticas, estéticas e intelectuales, recorrer ciudades desconocidas en el corazón de Asia, ser testigo de costumbres extrañas y contemplar monumentos y paisajes. Sobre todo, allá encontré a la que hoy es mi mujer, Marie José, y allá me casé con ella. Fue un segundo nacimiento.¹²

El de la India fue un período muy fructífero para Paz y también, paradójicamente -por la lejanía-, de un mayor reconocimiento internacional. A fines de 1963 le fue otorgado el Premio Internacional de Poesía de Knokke le Zoute de Bélgica. De esa época data la escritura de libros como *Ladera Este*, *Hacia el comienzo*, *Blanco*, *Cuadrivio*, *Los signos en rotación*, *Puertas al campo* y *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo*. En 1967 recibe una distinción que lo confirmó como uno de los intelectuales más respetados del país: su ingreso al Colegio Nacional. Era también la aceptación de Paz de ser considerado parte del *stablishment* cultural mexicano. Pero cuando parecía que Octavio Paz se consagrara además de como escritor como un alto funcionario del gobierno mexicano, sobrevino Tlatelolco 68.

Paz, desde la posición de embajador, se mantenía al tanto de la situación política de su país. Fue siguiendo, a pesar de las deficiencias informativas de la

¹² *Vislumbres de la India*, pág. 26

época, los acontecimientos que en el mundo protagonizaban los jóvenes, particularmente los estudiantes. La “Primavera de Praga” fue el prelude de lo que acontecería dos meses después en nuestra nación. México no estaba ausente del sentimiento de protesta que se generalizó en ese año en diversos países del orbe. No viene al caso referir la historia del movimiento estudiantil. Sabemos que terminó en una masacre perpetrada por el ejército y manipulada por grupos de choque previamente entrenados para el efecto. El lugar: Tlatelolco. Inocultable por tal su sentido mítico. Paz, desde su *cómoda* posición de embajador, renunció en protesta por la matanza. Polémico como fue siempre, suscitó posiciones encontradas: desde quienes aplaudieron su valentía de enfrentar a un gobierno represor, hasta quienes -seguramente pagados por el mismo régimen- aludían a una actitud premeditada en la renuncia de Paz, la cual calificaban de inminente, aunque no hubiera sucedido la desgracia estudiantil, por las ofertas de trabajo que tenía nuestro poeta por parte de universidades norteamericanas. La renuncia de Paz se ventiló públicamente a raíz de un comunicado de Relaciones Exteriores en donde se hablaba de un “cese” al poeta, a pesar de que él siempre defendió su posición como de renuncia al cargo. A más de treinta años del suceso no hay duda sobre la actitud asumida por Paz: fue un acto más de congruencia con sus ideas; su calidad de escritor siempre estuvo por encima de la de funcionario público; su condición de poeta le impedía servir a un sistema que, desde su punto de vista, había asesinado a mansalva a gente indefensa. Más aún: la lucha de los estudiantes mexicanos era fundamentalmente por la democracia, por la apertura política, iniciativas que Paz había asumido desde mucho tiempo atrás como una lucha personal. Su disentimiento con el gobierno díazordacista le permitió posicionarse “fuera” del sistema, condición que Paz siempre adujo en sus

escritos como insalvable para ejercer con plena libertad la crítica, rasgo necesario e indispensable en la actitud de cualquier escritor que se preciara de servir a la literatura por encima de intereses de otra índole.

Paz recibió con la misma serenidad elogios y diatribas por su renuncia a la embajada. Volvió a México hasta 1971; doce años después de su anterior salida:

Dejé el puesto con alivio, con pena a la India. Di cursos en algunas universidades norteamericanas y europeas, regresé a México en 1971 y, ese mismo año, gracias al director del diario *Excélsior*, Julio Scherer, publiqué la revista *Plural*.¹³

Una vuelta más a sus primeros pasos de editor. Una vuelta más a su país que lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo y al que Paz quería y aborrecía de igual manera.

Los sucesos del '68 mexicano obligaron a Paz a retomar un asunto que le era consustancial: México. A raíz de estos hechos escribe lo que se considera la continuación de *El laberinto de la soledad* que tituló, en un claro afán de dar continuidad a las ideas sobre su país, *Posdata*, impreso en 1970. En 1969 ya había publicado *Conjunciones y disyunciones*. Paz regresa apenas iniciado el sexenio de Luis Echeverría -tres meses después-. La década de los setenta no es menos fructífera en cuanto a creación: en poesía publica *Topoemas*, 1971; *Renga*, 1973, *Pasado en claro*, 1975 y *Vuelta*, 1976. En prosa: *Los signos en rotación*, 1971; *Traducción: literatura y literalidad*, 1971; *Apariencia desnuda: la obra de Marcel Duchamp*, 1973; *El signo y el garabato*, 1973; *Solo a dos voces*, 1973; *La búsqueda del comienzo*, 1974; *El mono gramático*, 1974; *Los hijos del limo*, 1974, en cierta forma una continuación de *El arco y*

¹³ *Itinerario*, pág. 110

la lira; así como *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*, 1978 y *El ogro filantrópico*, 1979.

De su obra poética destaca el libro *Vuelta*. Poemas del “regreso” a la patria, pero también del desencanto ante una ciudad que había perdido la medida en su crecimiento. Poco veía el poeta de lo que había vivido en las décadas de su juventud caminando el centro histórico de una ciudad compuesta simultáneamente por distintas etapas y capas históricas que se negaban a morir. Poemas de tono agrio los dedicados a la Ciudad de México que se veía superada por la avalancha de la migración desmedida del campo a la urbe. Poemas que son una radiografía del alma del poeta: combinación de terror, amor, odio, aborrecimiento, pasión, atracción. Sólo en su memoria quedarían los muros rojos de San Ildefonso, el concierto de cúpulas y la caligrafía de alto voltaje que nos depositaba de golpe en el desarrollo y en la tan ansiada modernidad. *Vuelta* es la condena del héroe al regreso trágico al “edén subvertido”.

1976 fue no sólo el final del sexenio echeverrista, sino también del embate de éste sobre *Excélsior* y el grupo que colaboraba con Julio Scherer, entre ellos Octavio Paz y la revista *Plural*. En solidaridad con Julio Scherer Paz renuncia a la dirección de *Plural* en julio de 1976 y se enfrasca en un álgido debate con la nueva dirección de la revista encabezada por Jaime Labastida. Las descalificaciones fueron mutuas. El hecho real e indiscutible fue el golpe artero contra la libertad de expresión que el presidente Echeverría dirigió contra *Excélsior*. La coyuntura “obligó” a Paz a congregarse a un grupo importante de escritores y artistas para fundar una nueva empresa editorial -en septiembre de 1976- que publicó, durante 22 años, otra revista fundamental en la literatura mexicana: *Vuelta*. Se consagraba así como un incansable impulsor de nuevos

escritores y como un defensor de los espacios que éstos necesitan para ejercer la crítica.

Paz era para entonces, además de la máxima figura de las letras nacionales, un polemista profesional. Nunca bajó la intensidad de sus críticas a la izquierda latinoamericana que él mismo calificaría de hablar mucho y tener pocas ideas. A finales de 1977 y principios de 1978 sostiene un debate público en medios -que algunos estudiosos de la obra de Paz consideran histórico- con Carlos Monsiváis. La razón: obviamente la divergencia de opiniones sobre el socialismo y la realidad política de México. Más allá de quién salió victorioso, queda la referencia de un hecho casi insólito en nuestro país: la confrontación de ideas.

En 1979 publica un libro muy importante en su pensamiento político que recogía colaboraciones publicadas principalmente en *Plural* y *Vuelta: El ogro filantrópico*. Obra crítica y punzante sobre el socialismo y los regímenes totalitarios de la Europa del Este. Agudo, mordaz, irónico y hasta lúdico se muestra Paz en este libro. Su posición era, desde hacía ya muchos años, muy clara: en defensa de la libertad y en contra sin cuartel de los sistemas antidemocráticos. Esta posición recrudecía el embate sobre Paz de quienes todavía creían en la revolución armada como el único camino posible para "liberar a los pueblos". Los setenta en México son los años de la guerrilla, a la que Paz criticó con severidad por considerar que los problemas que la originaban eran más de carácter ideológico, moral y psicológico de las clases medias del país. No desconoció la otra cara que las provocaba, aun sin justificarla: la arbitrariedad, el autoritarismo y la impunidad de la clase gobernante. Paz siempre eligió el diálogo frente al monólogo, incluso teniendo

como interlocutor un gobierno que mataba estudiantes, como lo fue el de Echeverría en 1971.

Los setenta son también los años de la consagración y fama internacional; importantes premios son otorgados al poeta mexicano: En 1977 obtuvo el Jerusalén, el de la Crítica Española y el Premio Nacional de Letras en nuestro país.

Los años de la década de los ochenta marcan la plena consolidación de Octavio Paz y de su trabajo en favor de la cultura. Abrió la década, en 1981, con el Premio Miguel de Cervantes de España. Cuando el poeta cumple setenta años de vida, en 1984, es homenajeado en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, durante una semana, en donde se reúne un importante número de intelectuales para hablar de Paz y su obra. En mayo de ese mismo año se anuncia que ha sido ganador del Premio de la Paz otorgado por los librereros de Francfort, mismo que recibió en octubre de 1984. Es importante esta fecha, no sólo por haber sido la del recibimiento del premio sino también por el discurso que pronunció en Alemania y que “despertó” la ira dormida en contra de Paz. En ese ya famoso discurso¹⁴ se pronunció contra el gobierno militar de Nicaragua y pidió que se celebraran elecciones democráticas en aquel país; eso fue suficiente para que una andanada de críticas y vituperios se levantaran al unísono contra su persona. La protesta más conocida, y también la más visceral, fue la que un grupo de enfurecidos “revolucionarios” hiciera frente a la embajada de Estados Unidos en nuestro país; la efigie de Paz fue quemada al compás de la consigna “Reagan rapaz, tu amigo es Octavio Paz”. Se evidenciaba otra vez la misma historia: el poeta mexicano despertaba con la

¹⁴ Includo en el libro *Pequeña crónica de grandes días*, México, FCE, 1990, bajo el título de “El diálogo y el ruido”, pp. 81-93

misma furia simpatías y antipatías. Era querido y odiado. La admiración y la envidia se albergaba en proporciones similares entre la clase intelectual y la no intelectual. Pero, una vez más, Paz usaba su mejor medio para hacerse presente: la crítica; la ejercía sin miedo y sin “medir” consecuencias; no se detenía ante la idea de que sus palabras podían molestar a los dogmáticos y a los nostálgicos de la utopía soviética. Una cantidad considerable de artículos dieron cuenta de la polémica. Paz, fiel a su personalidad, provocaba un debate de importancia.

1988 es otro año importante en la vida del poeta. A más del homenaje recibido en la ciudad francesa de Aix-en-Provence, en donde se dieron cita un nutrido grupo de importantes intelectuales europeos y latinoamericanos, y de haber recibido la Medalla Picasso otorgada por la UNESCO, fue el año de las elecciones más disputadas en México. En julio de 1988 se cimbró el sistema político mexicano. Cuauhtémoc Cárdenas y el otrora Frente Democrático Nacional -que aglutinó milagrosamente a la izquierda del país- pusieron en predicamentos la estabilidad política nacional al negarse a aceptar los resultados que daban por ganador de la elección presidencial a Carlos Salinas de Gortari. Octavio Paz escribió un artículo en tres entregas en *La Jornada*, durante los días 10, 11 y 12 de agosto de aquel año titulado “Ante un presente incierto”¹⁵. Tácitamente expresaba su apoyo a Salinas. No es del todo desconocida la idea, que Paz mantuvo a lo largo de su vida, de la necesidad de cambios en el país pero de forma gradual; él no creía en las transformaciones abruptas. Su postura ayudó en mucho al entonces candidato ganador. Se mostraba Paz como el intelectual independiente, pero no ajeno a la realidad de

¹⁵ Forma parte de la edición de *El laberinto de la soledad* preparada por Enrico Mario Santi y editada por Cátedra, pp. 505-520. En esta edición se agrega además una nota titulada “Al otro día”, publicada en *Excelsior* el 11 de septiembre de 1988, pp. 520-523.

su país. Actitud que le valió, debemos decirlo, importantes apoyos del régimen salinista. Paz sabía seducir también al príncipe.

A finales de 1988 participa en otro hecho que levantó “polvo de aquellos lodos”. Firmó, junto con un centenar de intelectuales de todo el mundo, una “carta abierta” dirigida a Fidel Castro en donde le pedían que realizara un plebiscito en Cuba y se diera oportunidad de participar a la disidencia tanto de dentro como de fuera de la isla. Se le solicitaba la apertura democrática del gobierno y el respeto a los derechos humanos de todos los cubanos. Sería ocioso tratar de repetir las reacciones que suscitó su firma en la inserción. Otra vez era tema central de la polémica. Otra vez sacudía conciencias y ponía en el centro de la discusión el tema por el que luchó toda su vida: la libertad del ser humano, a cualquier precio y por encima de cualquier régimen o sistema ideológico.

En marzo de 1989 es nombrado jurado en el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Aunque más distinguía Paz al organismo con su presencia, que a la inversa, no evitó las suspicacias de quienes creían que era uno de los pagos que recibía por servicios prestados al presidente Salinas. Sus 75 años, cumplidos el 31 de marzo, marcan también una serie de reconocimientos nacionales, dos de ellos fueron la serie que Televisa preparó para homenajearlo titulada “México en la obra de Octavio Paz” y la exposición “Los privilegios de la vista” inaugurada por Carlos Salinas y organizada por la fundación cultural de la misma empresa televisora. En junio del mismo año recibe, de manos del presidente francés Francois Mitterrand, el premio Alexis de Tocqueville; premio por demás significativo en la vida creativa de Paz, porque era un reconocimiento mundial no sólo a su calidad indiscutible de poeta, sino a su

aportación en el terreno de las ideas políticas¹⁶. El permanente peregrinaje de Paz en terrenos “ajenos” a la poesía lo ponía a la altura de los más destacados intelectuales del campo humanístico. Una potencia en el pensamiento político, como es Francia, reconocía en el mexicano el valor de sus aportaciones al pensamiento universal. Se reconocía la voz del poeta que habla por su pueblo; la voz que se levanta para cantarle a la vida, pero también para reflexionar sobre los temas que son consustanciales del hombre.

El premio Alexis de Tocqueville era apenas el preámbulo del reconocimiento más significativo que un escritor puede recibir: el Nobel de Literatura otorgado por la Academia Sueca de la Lengua. Antes, Paz organizó El Encuentro Vuelta: La Experiencia de la Libertad del 27 de agosto al 2 de septiembre de 1990. Convocó alrededor de 50 escritores de todo el mundo que hablaron sobre distintos temas de historia, política, filosofía y literatura, entre otros. Un mes después del Encuentro, el 11 de octubre de 1990, se daba la noticia de que el mexicano Octavio Paz era galardonado con el Nobel de Literatura.

En 1990 publica su *Pequeña crónica de grandes días*, obra que regresa al tema recurrente de la política. Para estas fechas la historia le había dado ya la razón a muchas de sus intuiciones y críticas de antaño. En este libro repasa la caída de los regímenes totalitarios y un fenómeno que empezaría a cobrar cada vez mayor importancia: la globalización.

La trayectoria de Octavio Paz era envidiable. Tenía todos los reconocimientos a los que un escritor puede aspirar. Su posición primordial en las letras era una obviedad. Pero no perdía el espíritu combativo que fue su

¹⁶ El discurso que pronunció Paz para dicha ocasión forma parte del libro *La otra voz, Poesía y fin de siglo*, México, Seix Barral, 1990, titulado “Poesía, mito, revolución”, pp. 55-68

divisa vital. En febrero de 1992 la UNAM y el CONACULTA organizan, con el grupo Nexos de por medio, una especie de réplica al Encuentro Vuelta, que llamaron Coloquio de Invierno. Los grupos más representativos de la cultura en el país que se reunían alrededor de las revistas *Vuelta* y *Nexos* se enfrascan en un debate a raíz del Coloquio. Paz cuestionó los apoyos institucionales para la organización del Coloquio, no el coloquio en sí. El resultado: Paz renuncia al FONCA y provoca la renuncia del presidente del CONACULTA, Víctor Flores Olea. El poder de Paz era indiscutible. No viene al caso analizar de qué parte estaba la razón en la polémica; Paz era el hombre de letras más importante del país. Su posición no varió un ápice hasta su muerte en 1998. Desde Miguel de la Madrid, hasta Ernesto Zedillo, incluyendo a Carlos Salinas, lo llamaron públicamente “orgullo de México”, tributo ganado a pulso, aunque los políticos lo hubiesen utilizado más para su provecho personal que para exaltar la obra de Octavio Paz.

Ochenta y cuatro años de vida no caben en unas cuantas cuartillas. Este repaso sintético es apenas un esbozo de una trayectoria llena de vitalidad del poeta mayor que es Octavio Paz. He buscado ubicar al autor, sobre todo, en el contexto político, porque las obras que trataré en el presente trabajo se inclinan hacia este tema preponderantemente.

2. Lectura de *El Laberinto de la soledad* y *Posdata*

2.1 Líneas preliminares

El laberinto de la soledad es el primer libro *formal* de ensayos de Octavio Paz. Su primera edición data de 1950 y se hace en *Cuadernos americanos*, que en ese momento dirigía Jesús Silva Herzog. En 1959 tuvo una segunda edición y fue impreso por el Fondo de Cultura Económica en la colección Tezontle. A ésta agregaría Paz un nuevo capítulo, "Nuestros días", y el nominado "La dialéctica de la soledad" pasó a constituir, desde entonces, el apéndice.

Cumple este año 50 de haber iniciado un largo y fructífero recorrido por las letras contemporáneas de México. Y su suerte, en buena medida, ha sido la que vivió el propio autor: polémica. Sin embargo, el millón de ejemplares impresos y sus múltiples traducciones a más de una decena de lenguas nos hablan de una realidad contundente: es un libro indispensable para entender, si no al mexicano, por demás ambivalente y contradictorio, sí al menos la historia reciente de la literatura nacional y el debate, siempre álgido, sobre la mexicanidad o la "filosofía de lo mexicano", si es que realmente existe ésta.

Octavio Paz, hijo en muchos sentidos de la Revolución Mexicana, nació en 1914. En 1937 viaja por primera vez a Europa invitado al Segundo Congreso antifascista celebrado en Valencia. En 1943 obtiene una beca y se va a radicar, por segunda vez, a Estados Unidos. De ahí viajará de nuevo al viejo continente, en 1945, para vivir en París y atender, según él mismo, un "modesto" cargo en el servicio exterior mexicano. Es en la capital francesa donde escribe *El laberinto de la Soledad* entre 1948 y 1949.

A este primer conjunto de ensayos de Paz se le ha querido endilgar la paternidad espiritual de Samuel Ramos y su *Perfil del hombre y la cultura en*

México. En cierta medida Paz admite a Ramos como antecedente necesario de su obra, pero es real que los enfoques de ambos escritores son distintos y, desde luego, el estilo literario de Paz es muy superior al de Ramos.

A Octavio Paz lo marcó el París de la posguerra, que, desde principios de siglo, había sido sede de una importante convulsión de ideas y que seguirá siendo centro de reunión, en los años que Paz reside ahí, de importantes figuras del pensamiento humanístico. Los existencialistas franceses serán caros a Paz, quien responde, con la escritura de *El laberinto*, a la tradición occidental, iniciada por Montaigne, del ensayista moral, pero también a sus propias intuiciones y a su necesidad personal de responderse por el *ser* y el lugar que ocupa en la historia:

Volví a la pregunta sobre mí y mi destino de mexicano. La misma que me había hecho en México, leyendo a Ortega y Gasset o conversando con Jorge Cuesta en un patio de San Ildefonso. ¿Cómo contestarla? Antes de abandonar México, un año antes, había escrito para un diario una serie de artículos en los que trataba asuntos más o menos conectados con la pregunta que me atormentaba. Ya no me satisfacían. Ignoraba entonces que esas notas y mis encuentros con España y con los Estados Unidos eran una preparación para escribir *El laberinto de la Soledad*¹⁴.

Estas declaraciones de Paz apuntan al hecho de que este libro fue *pensado* mucho tiempo antes de su publicación y por qué no, de su propia escritura; o mejor dicho, la escritura de *El laberinto* inició con la escritura de las *primeras letras* del nobel mexicano, quien inaugura de alguna manera su etapa de madurez intelectual con estos ensayos, cuando apenas tenía 36 años de edad.

¹⁴ Octavio Paz, *Itinerario*, México, FCE, 1993, pp. 27-28. El diario al que se refiere es *Novedades* y la serie de colaboraciones están recogidas en *Primeras Letras*, México, Vuelta, 1988, pp. 303-385.

Aunque el libro está dividido en ocho capítulos y un apéndice, algunos estudiosos, entre ellos Enrico Mario Santí y Javier Rico Moreno, proponen que esta obra debe leerse atendiendo a una estructura no explícita del todo por el propio autor que plantean de la siguiente manera:

Enrico Mario Santí expone que el capítulo I debe leerse como la introducción; los capítulos II, III y IV como una primera parte que él denomina "Análisis de los mitos de México"; los capítulos V, VI, VII y VIII como una segunda parte, llamada "Historia de México", que a su vez está dividida en dos: los capítulos V y VI serán para Santí simplemente "Historia", mientras que los capítulos VII y VIII los denomina "Situación en el mundo". El apéndice funciona como tal para este crítico, sin que debamos verlo necesariamente como "conclusiones"¹⁵.

Por su parte Javier Rico Moreno plantea algo similar, aunque con menos divisiones. El propone que *El laberinto* tiene en sus ocho capítulos dos partes: los primeros cuatro conforman un primer plano que él denomina "La búsqueda caracteriológica del mexicano"; los cuatro restantes un segundo plano que llama "La indagación histórica". El apéndice, también para Rico, funciona como lo que es. En el primer plano Javier Rico advierte que Paz establece actitudes vitales que expresan su relación: a) con el mundo, b) con el trasmundo, c) con el otro, y d) consigo mismo, con su origen. Mientras que en el segundo plano, el de la indagación histórica, irá desde el horizonte mesoamericano hasta "nuestros días".

Asimismo Javier Rico Moreno expone otro plano de comprensión de *El laberinto de la soledad*, que tiene que ver con la hermenéutica histórica y que comprende cuatro puntos:

¹⁵ Enrico Mario Santí, "Introducción" a *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1998, pág. 66

- a) Nociones e intuiciones del romanticismo literario para la aprehensión de la realidad histórica;
- b) Dimensión antropológico-social del mito;
- c) Función histórica de los fenómenos de invención e imitación (ideas inspiradas por Jean Gabriel de Tardé); y
- d) Nociones de ritmo histórico y de filiación de las sociedades (ideas tomadas de Arnold Toynbee)¹⁶.

El laberinto de la soledad ha sido un libro polémico, prácticamente desde su primera edición, aunque debe aclararse que fue subiendo de tono conforme se fue leyendo por un número más amplio de estudiosos o neófitos de la materia. Alguien llegó a comentar que era una “elegante mentada de madre para los mexicanos”. Es importante no perder de vista el género en el que Octavio Paz decide “indagar” sobre el ser del mexicano. Ya decíamos en líneas anteriores que este libro se inserta en una tradición inaugurada por Michel de Montaigne y Bacon del ensayo moral, el propio autor reconoce esta paternidad:

Mi libro [*El laberinto...*] es un libro de crítica social, política y psicológica. Es un libro dentro de la tradición francesa del “moralismo” [...] La crítica moral es autorrevelación de lo que escondemos y, como señala Freud, curación... relativa. En este sentido mi libro quiso ser un ensayo de crítica moral: descripción de una realidad escondida y que hace daño.¹⁷

Paz, deliberadamente, escribe ensayos y no tratados de antropología, sociología, filosofía o incluso de historia. Paz nos entrega la visión del poeta, la manera que tiene como vate de entender el mundo que le rodea. Sus

¹⁶ Estas ideas de Javier Rico Moreno fueron expuestas durante el curso que impartió en la “Fundación Octavio Paz” titulado “*El laberinto de la soledad* como poética de la historia” y forman parte de su tesis doctoral, próxima a publicarse.

¹⁷ Paz, “Vuelta a *El laberinto de la soledad*, conversación con Claude Fell” en Paz, *El laberinto de la soledad*, Edición de Enrico Mario Santi, Madrid, Cátedra, 1998, pág. 421

argumentaciones no obedecen a determinismos científicos, sino simple y llanamente a sus intuiciones de creador. Esto no significa que no pueda leerse *El laberinto* desde muchos ángulos. Por supuesto que el ensayo admite diversos tipos de lecturas, pero si no se parte de la idea que el lector está frente a una clase de texto argumentativo que tiene su propia naturaleza y sus propias reglas de escritura, puede provocar desencantos que no son responsabilidad del autor.

El propio Paz al referirse muchos años después a la escritura de esta obra manifestó que:

Jugaba una carrera contra mí mismo. ¿A quién o qué iba a encontrar al final? Conocía la pregunta, no la respuesta. Escribir se volvió una ceremonia contradictoria, hecha de entusiasmo y de rabia, simpatía y angustia. Al escribir me vengaba de México; un instante después, mi escritura se volvía contra mí y México se vengaba de mí. Nudo inextricable, hecho de pasión y lucidez: *odio et amo*. [...] Dicho esto, confieso que la concepción central de *El laberinto de la soledad* me sigue pareciendo válida. El libro no es un ensayo sobre una quimérica "filosofía del mexicano"; tampoco una descripción psicológica ni un retrato. El análisis parte de unos cuantos rasgos característicos para enseguida transformarse en un interpretación de la historia de México y de nuestra situación en el mundo moderno¹⁸.

Más allá de las explicaciones del propio autor, la principal validez del texto radica en su género. Hay historiadores y filósofos que disienten de las ideas de Paz, como Jorge Aguilar Mora¹⁹, sin embargo, como el propio autor advirtió "todas las visiones de la historia son un punto de vista", certeras o equívocas, pero un punto de vista más.

Lo cierto es que estamos frente a un libro cuya actualidad, aún debatida, es patente.

¹⁸ *Itinerario*, pp. 29-30

¹⁹ Cfr. Aguilar Mora, *La divina pareja, Historia y mito en Octavio Paz*, México, Era, 1991

2.2 *El laberinto de la soledad*

2.2.1 El pachuco y otros extremos

Visto a la distancia, y sabiendo que el pachuco se extinguió o, en el mejor de los casos, se modificó como tipo, podemos afirmar que fue un buen “pre-texto” para que Paz iniciara sus disquisiciones sobre el mexicano, sobre ese “otro” que bien podemos ser nosotros mismos.

No debemos soslayar la importancia que en la poética de Paz tiene la otredad. Idea inspirada en la “esencial heterogeneidad del ser” de Machado, Paz la desarrolla en toda su obra. Para él la “otredad” es la posibilidad de mirarse a sí mismo, de ensimismarse, y, por lo tanto, de reconocerse en los “otros” que justifican su existencia, pero que se justifican también con la existencia de él. Así, el pachuco, ser singular, viene a modo a los objetivos de Paz, quien advierte en este capítulo: “No toda la población que habita nuestro país es objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto que mexicanos” (11)²⁰.

El pachuco es el ejemplo del desarraigo, de la “pérdida” de identidad, concepto también muy utilizado por Paz a lo largo del libro, que contiene lengua, religión, costumbres, creencias; es el ser que se sabe diferente en una sociedad que lo rechaza y, por lo tanto, él mismo acentúa esa diferencia: “Los pachucos no han encontrado más respuesta a la hostilidad ambiente que esta exasperada afirmación de su personalidad”(13).

²⁰ La edición de *El laberinto de la soledad* que he utilizado es la publicada por SEP y FCE en la colección “Lecturas mexicanas, primera serie, núm. 27” de 1984. A partir de esta cita indico entre paréntesis el número de página de referencia para hacer más ágil la lectura.

El pachuco es también un ser solo. Y esa soledad que lo invade es herencia mexicana, compartimos el mismo mal: “Y nuestra soledad aumenta porque no buscamos a nuestros compatriotas, sea por temor a contemplarnos en ellos, sea por un penoso sentimiento defensivo de nuestra intimidad”(17).

Paz plantea como posibilidad de explicación a nuestra natural reserva con los demás un sentimiento de real o supuesta inferioridad, en esta idea se aproxima a Samuel Ramos. Pero afirma que lo que está de fondo en realidad es la soledad y acota que “sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto”(18).

Estas ideas, que mucho tienen de psicoanalíticas, son la base también para una interpretación histórica de nuestro país, pero no como la harían los científicos de la historia, sino desde la perspectiva del poeta. Paz se servirá de las ideas de Roger Callois para darle un sentido mítico a su interpretación. Cuando dice que “la historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen”(18), no hace otra cosa que evocar el mito del eterno retorno y el de la pérdida o desprendimiento original: [México] “quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día -¿En la Conquista o en la Independencia?- fue desprendido”. Este carácter mítico de la argumentación paciana será, a la postre, materia de malentendidos y de encarnizados debates.

Sin embargo es pertinente recordar que se trata de un punto de vista, de una apreciación que no pretende ser global, y aunque así se presentara, de cualquier forma no lo conseguiría. La materia sobre la que se trabaja, el mexicano, no es definitiva. Y su historia, es la de la evolución de una raza que ni siquiera nosotros sabemos en qué momento preciso surgió y, sobre todo, a qué otras latitudes habremos de llegar. Somos un país pluricultural aunque compartamos un pasado más o menos común.

“La contemplación del horror, y aun la familiaridad y la complacencia en su trato, constituyen contrariamente uno de los rasgos más notables del carácter mexicano. [...] Nuestro culto a la muerte es culto a la vida”(21). En estas afirmaciones observamos otro rasgo de la poética que Paz, desde este libro, mantendrá a lo largo de su vasta carrera como pensador: la conciliación de contrarios y la capacidad de mirar en una misma situación los dos polos que la componen. Esta idea es de origen romántico, aunque tiene en los surrealistas defensores aguerridos. Después, en la década de los sesenta, la ampliará con sus incursiones al pensamiento oriental, sobre todo el *yin-yan* del budismo chino.

Cierra este capítulo con ideas de tinte religioso aunque no denoten una fe explícita en el cristianismo, que es la religión que la mayoría de los mexicanos profesa. “Es posible que lo que llamamos pecado no sea sino la expresión mítica de la conciencia de nosotros mismos, de nuestra soledad. [...] En cada hombre late la posibilidad de ser o, más exactamente de *volver a ser*, otro hombre”(25). Esta última frase encierra la angustia que Paz ha observado en el mexicano de no reconocerse completamente como lo que es y, por lo tanto de ese intento por *volver a ser*. Su reiteración sobre el carácter mítico de esa expresión no es gratuita, le interesa remarcar este aspecto porque es una manera de recuperar, precisamente, el Mito.

2.2.2 Máscaras mexicanas

El *leitmotiv* del libro, como su título lo indica, me parece, es la soledad del mexicano. Toda la argumentación de Paz, en los distintos capítulos, busca reforzar esa idea primaria. Enrico Mario Santí explica que soledad para Paz

será equivalente a la idea de *alienación* de Hegel, que también equivaldrá a la de *neurosis* de Freud: “Al escoger el término *soledad* por encima del de *alienación* Paz recoge, por tanto, toda esta tradición filosófica pero también la crítica: soledad es la *imagen* concreta del *concepto* abstracto alienación. Mientras que la alienación se piensa, la soledad se siente o, mejor dicho, se padece”²¹.

La máscara es para el mexicano, un recurso para ocultar su soledad, para defender su intimidad, para encubrir su aislamiento del mundo y de él mismo, por eso: “Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición”(26). Abrirse es disminuir la hombría, de ahí que el hermetismo sea, según Paz, un reflejo de nuestra desconfianza y de nuestro recelo.

La confidencia “deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha. [...] El que se confía se enajena”(27). El estoicismo y la resignación serán rasgos importantes de nuestro carácter.

Paz atribuye a una doble herencia, española e indígena, el factor del formulismo y la ceremonia del mexicano: “Quizá nuestro tradicionalismo [...] parte del amor que profesamos a la Forma”(29).

Esta idea permite a Paz deducir otra: el formalismo es más fuerte en el mexicano que su propia realidad. A partir de esta premisa, nuestro Nobel explicará la historia patria: por sujetarnos a la Forma, llámese Colonia, Liberalismo, Reforma, Positivismo-Porfirismo, Constitucionalismo (en el caso de la Revolución), etcétera, hemos perdido la oportunidad de sujetar ésta a la realidad y hemos desencadenado incoherencias históricas, cuyos precios no terminamos de pagar. “Pocas veces la Forma ha sido una creación original, un

²¹ Santí, *Opus cit.*, pág. 83

equilibrio alcanzado no a expensas sino gracias a la expresión de nuestros instintos y quererés”(29).

En este capítulo trata Paz el tema de la mujer. Y lo hace con crudeza: “En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos”(32) y agrega unos párrafos después que “La mexicana simplemente no tiene voluntad. Su cuerpo duerme y sólo se enciende si alguien lo despierta. Nunca es pregunta, sino respuesta, materia fácil y vibrante que la imaginación y la sensualidad masculina esculpen”(33). Es una imagen dura de la mujer; Paz la describe como sinónimo de absoluta pasividad, sin iniciativa: a imagen y semejanza del hombre. Sólo podríamos agregar que la imagen que Paz tiene de la mujer cambió con el tiempo y ya en 1957, en *Piedra de Sol*, hay una visión distinta a la de *El laberinto* e incluso en *Itinerario*, uno de sus últimos libros, llega a decir que “la mujer es la puerta de reconciliación con el mundo”. También es evidente que, de 1950 a la fecha, la mujer mexicana ha ido modificando sus condiciones frente a la sociedad; ha ido ganando, a fuerza de empuje y sacrificio, un nuevo lugar y ha generado, por tanto, una concepción distinta dentro del sector masculino del país sin sacrificar su papel secular en nuestra cultura de eje de la familia.

A Paz le sirven estos argumentos para reforzar su tesis del carácter cerrado del mexicano. La mujer tiene que ser discreta, pudorosa y sufrida como contraparte del varón tímido y celoso. En la actualidad, ya lo dijimos, las condiciones son otras, aunque aún pudieran existir tipos como los descritos por Paz.

Los conceptos que sobre el amor se expresan en este capítulo están visiblemente inspirados por los del “amor cortés”, que Paz ubicará como el momento de inicio del amor como “idea” en la Francia del siglo XII y por la

idea que del amor construyeron los surrealistas y que desarrollará muchos años después en *La llama doble*. El amor, dice Paz, es una manera de “abrirse”, pero la entrega debe ser mutua.

De regreso a la idea de la máscara afirma Paz que “El mexicano tiene tanto horror a las apariencias. [...] Y así, por miedo a las apariencias, se vuelve sólo Apariencia”(39). El mexicano desarrolla la disimulación mimética para pasar desapercibido, para ocultar su ser; vive de la opinión ajena y, no pierde oportunidad de sancionar con su opinión la conducta de los demás. Tiene, para su defensa o ataque una herramienta extraordinaria: el “ninguneo”, que le sirve para “hacer de Alguien, Ninguno”.

2.2.3 Todos santos, día de muertos

En este capítulo la idea del tiempo tendrá particular importancia. Al igual que a lo largo de todo el libro, la idea que sostiene Paz es mítica: el eterno presente que logra conjugar pasado y futuro en un mismo espacio. Esta idea, recordemos, también estará presente, siete años después, en *Piedra de Sol* desarrollada como de la instantaneidad. La poesía permite al hombre romper la linealidad del tiempo para restituirle el tiempo original, ya sea circular o espiral, en el que es posible la reconciliación temporal: un tiempo fuera del tiempo. La modernidad, dirá Paz unos años después, instauró el tiempo lineal y en él depositó al futuro como el objetivo por alcanzar; en el futuro está el progreso y el hombre debe, así nos han impuesto, esforzarse por conseguirlo. Pero se trata, de una falacia, porque el futuro nunca llega y, mientras tanto, agotamos la vida, la única vida que tenemos, en buscar lo inalcanzable. ¿Cuál es el remedio? Vivir el presente, el instante, sobre todo aquél que convoca la poesía y el amor

y en el que es posible re-vivir, como en el tiempo circular mítico, lo que ya pasó. El hombre tiene que buscar, propone Paz, nuevos caminos que cambien la visión cronométrica del tiempo.

En este apartado del libro Paz reflexiona sobre la Fiesta como un mecanismo de catarsis del mexicano. Como una vía de “romper” el orden en donde “El exceso en el gastar y el desperdicio de energías afirman la opulencia de la colectividad”(44). “La Fiesta es ante todo el advenimiento de lo insólito”(45).

En la fiesta, gracias a esta percepción mítica del tiempo, sostiene Paz, es posible también la reconciliación de contrarios que provocan el renacimiento de la vida. Así no es raro que un “país tan triste como el nuestro tenga tantas y tan alegres fiestas”(47). Los contrarios muerte-vida, júbilo-lamento, canto-aullido, están presentes en las fiestas mexicanas. Pero sólo aparece el monólogo, nunca el diálogo.

Paz ve la fiesta también como una salida a la imposibilidad de ser del mexicano. Todo es desgarradura “el canto, el amor, la amistad”.

La muerte ocupa buena parte de las reflexiones de Paz en esta capítulo y dice que “Nuestra muerte ilumina nuestra vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo nuestra vida”(48). Esta concepción dual es de origen prehispánica. Vida y muerte son dos caras de la misma moneda. Pero existen sólo en ese tiempo mítico del que hablábamos en líneas anteriores. Sólo la poesía, o el amor, conduce a ese estadio en que vida y muerte en dialéctica comunión existen en un tiempo primigenio del que fuimos desprendidos.

En la modernidad la muerte “no posee ninguna significación. [...] En un mundo de hechos, la muerte es un hecho más. [...] En el mundo moderno todo funciona como si la muerte no existiera. [...] Nadie piensa en la muerte, en su

propia muerte, como quería Rilke, porque nadie vive una vida personal. La matanza colectiva no es sino la colectivización de la vida”(51). Paz critica los signos del avance tecnológico en cuanto que despersonalizan al individuo, le quitan la oportunidad de ser él, de apoyarse en los mitos que en otros tiempos (al menos en el de nuestros ancestros prehispánicos) permitían concebir el mundo en correspondencia con el hombre. La muerte entre los aztecas era una oportunidad de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras.

Al aludir al carácter dual vida-muerte, Paz afirma que “la indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida”(52). Si la muerte es intrascendente, la vida también lo fue.

Remata el capítulo con dos ideas: toda acción de ruptura engendra un sentimiento de soledad y, que el mexicano no logra trascender su soledad, sino que se encierra en ella.

2.2.4 Los hijos de la Malinche

Quizá este sea uno de los apartados en donde la reflexión psicoanalítica es más visible. El ejercicio argumentativo de Paz tiene como propósito reforzar la idea del mexicano que ya había esbozado en el capítulo sobre el pachuco: de ser insondable, hermético, receloso.

La mujer vuelve al escenario, ahora dirá de ella que es una “figura enigmática. Mejor dicho es el Enigma”(60). Es también “el misterio supremo”.

Hay un salto temático abrupto. Pasa, casi sin avisar, a hablar del obrero moderno como un ser sin individualidad. Los instrumentos dominan al mundo al dominar la técnica. Y no hay regímenes que escapen de la crítica, porque todos convierten al hombre en una cifra, en unos porque así conviene al

mercado y en otros, porque así conviene al partido. Esta disquisición de Paz de 1950, es hoy sólo un testimonio del valor que siempre caracterizó al Nobel mexicano. La realidad es otra.

Después de esta "digresión" afirma que el carácter enigmático que nos distingue hace que "Un mexicano (sea) un problema siempre, para otro mexicano y para sí mismo"(63). Y agrega una serie de rasgos como la desconfianza, el disimulo, la reserva cortés, la ironía, que, al decir de Paz, son de gente dominada. Aseveración polémica y debatible. Es cierto en principio que muchos mexicanos compartimos esa caracterización, sin embargo, no debemos olvidar que no todo México fue dominado de la misma manera en la época colonial, sobre todo las regiones conocidas como aridamérica vivieron realidades muy distintas a las de mesoamérica. Los subsecuentes periodos históricos se vivieron de manera muy particular en cada región del país, no en vano en los últimos años se ha hecho un esfuerzo "revisonista" de la historia para evitar las generalizaciones y poder entender la realidad de cada región del país; así se habla ya, por ejemplo, no de una Revolución Mexicana, sino de múltiples movimientos armados, incluso con intereses distintos y, por supuesto también con ideas e intereses diversos. En tono de broma se dice que hubo regiones de México a donde los movimientos armados llegaron "por oficio", en una clara alusión a su inexistencia.

Paz afirma también que estos rasgos que componen el carácter del mexicano son producto "de las circunstancias sociales imperantes en nuestro país; la historia de México, que es la historia de esas circunstancias, contiene las respuestas a todas las preguntas"(64). Parece una afirmación demasiado determinista y él mismo asegura que su crítica es ajena al determinismo histórico que incluso criticará con ferocidad del marxismo. Además afirmar que

en la historia de México están las respuestas no es adelantar mucho, porque el problema es encontrarlas y, sobre todo, justificarlas históricamente. La historia, recordemos, es una "interpretación" de hechos históricos, y habrá por lo tanto, tantas respuestas como interpretaciones haya de esos hechos. En este sentido podemos utilizar un argumento del propio Paz, el relativo a que cada interpretación histórica es un punto de vista. Es decir, esta afirmación de Paz, determinista o no, es sólo eso: un punto de vista.

Una de las aportaciones que debemos reconocerle a Paz en su interpretación histórica es "humanizar" esos hechos que el historiador suele mirar fríamente, sólo como objeto de estudio: "Los hechos históricos no son nada más hechos, sino que están teñidos de humanidad, esto es, de problematicidad"(65). Es cierta esta afirmación, pero la problematicidad de esos hechos tiene, forzosamente, que ser traducida por "alguien", por un individuo con un criterio que por más científico que sea no dejará de ser subjetivo. Si los hechos históricos están "teñidos de humanidad" también las interpretaciones que se hagan de los mismos estarán "teñidas de humanidad".

"Las circunstancias históricas explican nuestro carácter en la medida en que nuestro carácter también las explica a ellas. Ambas son lo mismo. Por eso toda explicación puramente histórica es insuficiente -lo que no equivale a decir que sea falsa"(65). Es cierto que la explicación histórica no es suficiente, sin embargo Paz utiliza un juego retórico en el que al afirmar "ambas son lo mismo" nos deja casi en el mismo lugar. Si antes había dicho que el carácter del mexicano es producto de las circunstancias históricas de México y ahora dice que la historia de México sólo se explica en la medida que el propio carácter la explique pareciera que se trata de un juego: saber qué fue primero el carácter del mexicano o la historia.

Paz hablará enseguida de los fantasmas que habitan al mexicano y le impiden ser. Son, dice, vestigios del pasado inventados por nosotros mismos. Son un lastre con el que no puede nuestra voluntad. Y la respuesta a este conflicto es de tinte psicoanalítico: "Sólo nosotros podemos enfrentarnos a ellos" porque no están fuera de nosotros, sino dentro de nosotros.

En este segmento hay una interpretación histórica a partir del análisis de un verbo: chingar. Es importante anotar que Paz concede al lenguaje una importancia singular. Influida por las escuelas lingüísticas no pierde oportunidad de argumentar que cada palabra contiene, *per se*, una carga semiológica que potencia su significado primario.

Chingar en México es una palabra fuerte, plurivalente, multifacética. Y de ahí se desprende la frase "hijos de la chingada". Paz se pregunta: "¿Quién es la Chingada? Ante todo, es la Madre. No una Madre de carne y hueso, sino una figura mítica. [...] La Chingada es la madre que ha sufrido, metafórica o realmente, la acción corrosiva e infamante implícita en el verbo que le da nombre"(68).

Esta explicación da pie para que se explique la Conquista como un acto en el que Cortés (el padre) violó, chingó a Malintzin (la madre) y el producto somos los mexicanos (los hijos de la Chingada). Es una explicación que no deja de tener una carga mítica visible, pero esa es la intención de Paz porque "En suma, la cuestión del origen es el centro secreto de nuestra ansiedad y angustia"(72).

Aquí se conecta otra idea mítica: al nacer, al salir del vientre materno, al ser desprendidos del "origen", se produce la soledad: estamos solos. "De ahí que el sentimiento de orfandad sea el fondo constante de nuestras tentativas políticas y de nuestros conflictos íntimos"(79).

Paz hace una amplia alusión a todas las posibilidades de empleo del verbo chingar y de las connotaciones socio-psicoanalíticas que reflejan, desde un resentimiento soterrado del mexicano, hasta el propio machismo.

Atribuye a la historia la capacidad de mostrarnos los procesos de ruptura por los que ha atravesado el mexicano y que no han significado otra cosa que “tentativas para trascender la soledad”.

2.2.5 Conquista y Colonia

En estos apartados Paz utiliza el recurso de interpretar los hechos históricos “humanizándolos”, como él mismo nos había prevenido en párrafos anteriores. La historia la explica a partir de su visión de poeta, de sus intuiciones que no se atienen a reglas científicas.

Paz entiende la Conquista no sólo como un triunfo militar de los españoles, sino también como una derrota anticipada que se fragua en el espíritu de los jefes aztecas, cuyas creencias los llevan a pensar que sus dioses los habían abandonado porque habían “usurpado” el poder. Ese sentimiento de ilegitimidad -herencia muy viva aún en nuestros días- lleva a los aztecas a creer que Cortés era Quetzalcóatl cumpliendo la promesa de volver. Paz ve también en la actitud de los mexicas un claro suicidio reflejo de la fascinación que sentían por la muerte: “Cuauhtémoc lucha a sabiendas de la derrota. En esta íntima y denodada aceptación de su pérdida radica el carácter trágico de su combate”(87). La caída de Tenochtitlán significó también la del mundo indio.

Por su parte, la lucha de los conquistadores, dice Paz, no dejó de tener sus fuertes conflictos internos: no coincidían los intereses de la Monarquía con los de cada soldado, ni los de la fe con los del reparto del botín. La herencia

española dejada en las Indias es ambivalente: converge un renacentismo que miraba hacia Italia y Francia, con el oscurantismo de la contrarreforma.

“El catolicismo es el centro de la sociedad colonial porque de verdad es la fuente de vida que nutre las actividades, las pasiones, las virtudes y hasta los pecados de siervos y señores, de funcionarios y sacerdotes, de comerciantes y militares”(92). La religión dará dinamismo al orden colonial y no sólo eso, sino también “un sitio en el Cosmos” a todos los hijos de la iglesia, incluido el indígena, al que “El catolicismo le hace reanudar sus lazos con el mundo y con el trasmundo. Devuelve sentido a su presencia en la tierra, alimenta sus esperanzas y justifica su vida y su muerte”(92). Una palabra sintetiza esta actitud: sincretismo. Los españoles, en su descargo, no eliminaron, como los ingleses, al indígena, lo integraron a su sociedad, aunque en la última escala.

En el terreno del arte, las creaciones de la Colonia, dice Paz, no fueron originales. La crítica, signo indeleble de la modernidad, apenas existió debido al movimiento de contrarreforma. Mientras que en los países protestantes la crítica fue la herramienta del desarrollo en muchos sentidos, la Nueva España es un mundo “cerrado y satisfecho”. “España no inventa ya, ni descubre: se extiende, se defiende, se recrea. No quiere cambiar, sino durar”(94). Esta actitud provocó que Religión y Tradición se convirtieran en formas muertas que mutilaron y asfixiaron nuestra singularidad.

Asimismo, esta operación de sustitución del catolicismo por las creencias prehispánicas de los indios, que en muchos casos fueron verdaderas superposiciones (quizá la más conocida sea la de Guadalupe-Tonantzin), no eliminaron el carácter de filiación con lo sagrado del indio primero y después del mestizo, apunta Paz. Esta sobrevivencia es una “fuerza constante que da

permanencia a nuestra nación y hondura a la vida afectiva de los desposeídos”(98).

La figura por antonomasia de la Colonia, para Paz, es Sor Juana Inés de la Cruz (a quien dedicó una de sus obras más amplias). En ella concentra la explicación de la crisis colonial. El silencio y la “debacle” de Sor Juana lo son también de la Colonia, que siendo un mundo abierto a la cultura lo fue extremadamente cerrado a las expresiones individuales. “El siglo XIX será el siglo de la ruptura y, al mismo tiempo, el de la tentativa por crear nuevos lazos con otra tradición, si más lejana, no menos universal que la que nos ofreció la Iglesia católica: la del racionalismo europeo”(105).

2.2.6 De la Independencia a la Revolución

“Se olvida que la Independencia sobreviene cuando ya nada nos unía a España, excepto la inercia”(107). Es difícil creer completamente esta afirmación. Creo que a España nos unían tantas o más cosas que ahora: sólo por poner un ejemplo, la cultura, la misma tradición religiosa, con sus aciertos y defectos. Quizá Paz debió puntualizar que se refería al aspecto político-administrativo.

Por otra parte Paz explicará esta etapa histórica de nuestro país como ya es su costumbre: desde dos perspectivas, o mejor dicho, mostrando las dos caras de la misma moneda: “La Independencia se presenta también como un fenómeno de doble significado: disgregación del cuerpo muerto del Imperio y nacimiento de una pluralidad de nuevos estados”(107).

Menciona que nuestra Independencia no fue rica ni en frases ni en ideas. Que fue escenario de dos bandos con tendencias opuestas: uno con ideas utópicas, como concebir a la América española como un solo corpus, y otro

que “rompe lazos con la Metrópoli sólo para acelerar el proceso de dispersión del Imperio”. El motivo principal del movimiento armado, apunta, buscaba la autonomía de los criollos frente a los peninsulares, pero no se planteaba un cambio en la estructura social: “los grupos que encabezaron el movimiento de Independencia no constituían nuevas fuerzas sociales, sino la prolongación del sistema feudal”(110).

Pone énfasis en el “error histórico”, que a la postre se repetiría una y otra vez, de adoptar Formas que no correspondían a la realidad. Así la Constitución de 1824, de tinte liberal, no era producto del ascenso de la burguesía al poder, como en Europa y Estados Unidos, simplemente porque aquí nunca se formó esa clase, de tal suerte que el “liberalismo” se decretó por encima de la contundente realidad. “La ideología liberal y democrática, lejos de expresar nuestra situación histórica concreta, la ocultaba”(111). La Independencia, dice Paz, fue en realidad una guerra de clases, “una revolución agraria en gestación”.

Los liberales buscan romper con los lazos coloniales, pero no lo hacen cambiando los modelos sociales, sino solamente la legislación. La Reforma es la consumación de la Independencia y termina en una triple negación: “La de la herencia española, la del pasado indígena y la del catolicismo -que conciliaba a las dos primeras en una afirmación superior-”(114). Esta ruptura con el pasado inmediato provoca a su vez la anulación de dos instituciones sobre las que se había sostenido la Colonia: las asociaciones religiosas y la propiedad comunal indígena, y busca sustituir la doctrina del catolicismo por la de “la libertad de la persona humana”. El cambio que se propició fue de pasar de hijos de Dios a ciudadanos. Los liberales sustituyen la noción del más allá por la de un futuro terrestre.

Paz equipara la Reforma con el catolicismo en cuanto movimientos inspirados por filosofías universales. "Las diferencias y semejanzas entre ambos son reveladoras. El catolicismo fue impuesto por una minoría de extranjeros, tras una conquista militar; el liberalismo por una minoría nativa, aunque de formación intelectual francesa, después de una guerra civil"(115). El carácter elitista de los liberales los deja sin base social. La ruptura no fue sólo con el pasado, sino también con la realidad, puntualiza Octavio Paz.

El Porfirismo se ostentará como el sucesor legítimo del liberalismo, aunque en el fondo no significó sino un regreso al pasado. Esta idea vuelve a cargarse de un sentido mítico. Las explicaciones de Paz buscan la coherencia planteada desde el inicio de sus reflexiones: la búsqueda de un nuevo mito para explicar la historia mexicana. Así, el Porfirismo, desde esta óptica, es un nuevo retorno al origen.

La explicación práctica de este regreso del Porfirismo al pasado lo fundamenta Paz en que la propiedad volvió a concentrarse en unas cuantas manos. No se trascendía el feudalismo colonial. Seguíamos encerrados en el laberinto histórico. Díaz se apoyará en el positivismo para fundamentar las ideas de paz, orden y progreso. La ciencia ocupará un lugar privilegiado como entelequia para explicar los fenómenos del hombre.

Pero la inautenticidad, la falta de correspondencia entre la Forma y la realidad seguían inalterables. Al positivismo mexicano no lo respaldaba una industria, una clase burguesa con aspiraciones democráticas, ni el ejercicio de libertades individuales. "El disfraz positivista no estaba destinado a engañar al pueblo, sino a ocultar la desnudez moral del régimen a sus mismos usufructuarios"(119). La imagen de México, en las postrimerías del XIX, es de

discordia, “vivíamos una vida encadenada por la mentira y la esterilidad. [...] ¿Qué nos quedaba? Asfixia y soledad”(121).

A Justo Sierra atribuye Paz el haberse percatado de la situación que imperaba en nuestro país y de haber introducido la Filosofía de la Historia, aun sin plena conciencia de ello: “Como una posible respuesta a nuestra soledad y malestar”. Pero los críticos feroces del positivismo fueron Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña: “Su inquietud intelectual coincide con una búsqueda más dramática: la que hace el país de sí mismo en la lucha civil”(122).

La Revolución inicia, con Madero, con aspiraciones de democracia, sin un programa ideológico definido, lo que le da “originalidad y autenticidad populares. De ahí provienen su grandeza y sus debilidades”(123). Arranca con demandas políticas, que poco a poco se irán transformando en sociales. Así, “desnuda de doctrinas previas, ajenas o propias, la Revolución será una explosión de la realidad y una búsqueda a tientas de la doctrina universal que la justifique y la inserte en la Historia de América y en la del mundo”(127).

Pero en el plano mítico, Paz sostiene que “el eterno retorno” es uno de “los supuestos implícitos de casi toda teoría revolucionaria”. La mexicana, incipiente y todo, no es la excepción. El Plan de Ayala será en la realidad del combate, el esfuerzo por “regresar” a un tiempo pasado. Es oportuno señalar que esta idea también la emplea John Womack en su libro *Zapata y la Revolución mexicana*, inicia con una frase que le da la razón a Paz “Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”²⁵.

²⁵ John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, S. XXI, 1972, pág. XI.

“El zapatismo fue una vuelta a la más antigua y permanente de nuestras tradiciones. En un sentido profundo niega la obra de la Reforma, pues constituye un regreso a ese mundo del que, de un solo tajo, quisieron desprenderse los liberales. La Revolución se convierte en una tentativa por reintegrarnos a nuestro pasado”(130). No podemos olvidar los antecedentes “zapatistas” en la familia de Paz. No es casual que vea en este movimiento lo más “original” de la Revolución y, sobre todo, que encuentre en las aspiraciones de los campesinos de Morelos, de regresar al régimen comunal, un antiquísimo arquetipo mítico de la “vuelta al origen”.

Pero los revolucionarios ganadores, los que sobrevivieron a la masacre, carentes de un programa ideológico propio, cometieron, según Paz, el mismo error de siempre: adoptar una Forma inauténtica, que no reflejaba la realidad del país. La adopción del liberalismo y de la forma de república federal para México “abrió nuevamente la puerta a la mentira”. Nuestro federalismo ha sido teórico y la división de poderes sólo un acto legal de buena voluntad. Las raíces centralistas, que se hunden en el mundo prehispánico y que fueron celosamente cuidadas durante la Colonia, se negaron a morir y, por encima de la Forma impuesta, sobrevivieron ignorando la ley.

Paz afirma que “El imperialismo no nos dejó acceder a la ‘normalidad histórica’ y las clases dirigentes de México no tienen más misión que colaborar, como administradoras o asociadas, con un poder extraño”(132). Aunque pone entre comillas lo de normalidad histórica, no deja de ser un determinismo. ¿Existe una ‘normalidad histórica’? ¿Acaso no se contradice Paz si retomamos su idea de que la historia la hacemos los hombres? ¿Dependemos entonces de una ‘normalidad histórica’ para poder desarrollarnos, para poder ser? Aquí es evidente que no hay más “normalidad histórica” que la que cada pueblo se de a

sí mismo. Paz ha tomado la idea marxista de la evolución histórica, pero, sobre todo ahora, ha quedado demostrado por los hechos que el determinismo histórico es una fórmula que no funciona.

Su argumentación final sobre la Revolución retoma las ideas que ya ha venido esgrimiendo sobre la dialéctica de soledad y comunión para explicar nuestra historia: “Vuelta a la tradición, re-anudación de los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la Dictadura, la Revolución es una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre”(134). La Revolución es entonces también Fiesta, pero sangrienta en “la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano”(134).

2.2.7 La “inteligencia” mexicana

Abre este capítulo con una reflexión sobre poesía e historia, ideas que han sido muy debatidas, sobre todo porque Paz afirma que la poesía “tiende siempre a la abolición de la historia. [...] La poesía se escapa de historia y lenguaje aunque ambos sean su necesario alimento”(135). Debemos entender que como poeta no tiene que “comprobar” que realmente suceda así y, más bien, quien disienta deberá probar lo contrario. Paz no hace sino argumentar el predominio de la poesía sobre todo lo demás, él busca ser congruente con sus ideas. Paz desarrollaría, años más tarde²⁶, estas ideas que no son otra cosa que una crítica a la visión lineal del tiempo de la modernidad, a ésta le pone enfrente a la poesía cargándola de poderes suficientes para “abolir” el tiempo y crear un instante fuera del tiempo cronométrico. La poesía, dirá Paz, como el amor, tienen la fuerza subversiva necesaria de “trastocar” la ideas preconcebidas; son

²⁶ Sobre todo en *El arco y la lira* (1956), *Los hijos del limo* (1974) y *La otra voz* (1990)

dos potencias que liberan al hombre del yugo ideológico; son dos mecanismos de escape del *statu quo* que condena al trabajo inmisericorde y despersonaliza al individuo convirtiéndolo en una simple cifra. Poesía y amor son, según Paz, los caminos de la comunión entre los hombres.

Dentro de las figuras de intelectuales que menciona destaca la de José Vasconcelos, crítico del positivismo e iniciador de lo que se ha llamado el apostolado de la educación. Vasconcelos pretendió, afirma Paz, fundar la educación en la tradición, ya que, de esta manera, si nuestra tradición tenía un sentido lo era dentro de una tradición mayor: la universal. Vasconcelos propuso una filosofía de la raza: una salida al laberinto. Pero aun la educación no podía implantarse por decreto y “por primera vez al mexicano se le plantean vida e historia como algo que hay que inventar de pies a cabeza”(140).

La revolución dio paso a una generación de intelectuales que pronto encontró espacios donde trabajar. Pero al mismo tiempo, esa “inteligencia” perdió capacidad crítica al depender del Estado. Contrario a lo que sucede en Europa y Estados Unidos, en donde la clase intelectual ha sido desplazada del poder, en México una de sus funciones principales, dice Paz, ha sido la acción política. La “inteligencia” mexicana ha sido “honrada y eficaz” en su desempeño, pero ha dejado de lado su razón de ser: la crítica.

Otro de los pensadores que Paz cita es Jorge Cuesta. A él debemos la idea, dice, de que México “se define a sí mismo como negación de su pasado”, pero faltó a Cuesta, critica Paz, el examen histórico. A Cuesta lo emparenta con Samuel Ramos.

Dos intelectuales de los que también habla Paz son Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes. El primero fundó el Fondo de Cultura Económica y fue un entusiasta promotor del conocimiento económico en nuestro país. Reyes,

por su parte, dejó una vasta obra que espera todavía más lectores. De él toma la idea que sostiene que el deber primordial del escritor es con el lenguaje. Y por lo tanto la crítica del lenguaje implicará, a su vez, una crítica histórica y moral.

Insiste en que “Soledad y Comunión, Mexicanidad y Universalidad, siguen siendo los extremos que devoran al mexicano”(148). La historia de México, afirma, es una permanente búsqueda de nosotros mismos. La dialéctica ruptura-búsqueda es la base histórica del mexicano. Repasa de nuevo las ideas míticas sobre el regreso al origen y propone el examen filosófico de los distintos periodos históricos como fuente de conocimiento del ser del mexicano.

“La mexicanidad, así, es una manera de no ser nosotros mismos [...] a veces una máscara y otras una súbita determinación por buscarnos, un repentino abrirnos el pecho para encontrar nuestra voz más secreta”(151). Establece los principios sobre los que tendría que partir una “filosofía mexicana”: afrontar la ambigüedad de nuestra tradición y de nuestra voluntad misma de ser.

Afirma que el mexicano está a solas frente a la realidad porque “en un sentido estricto, el mundo moderno no tiene ya ideas”(153). Por tanto es indispensable que toda reflexión filosófica sea auténtica para que dicha reflexión pueda ser al mismo tiempo universal. Los problemas de los mexicanos ya no son competencia sólo nuestra, sino de los demás coterráneos también. La historia, propone, es una meditación sobre el hombre.

Termina este capítulo con la idea de la contemporaneidad del mexicano con sus semejantes. “El destino de cada hombre no es ya diverso al del Hombre”(154). Así, cualquier tentativa mexicana para resolver sus problemas tiene que ser en consonancia con la de las demás naciones, debe tener, dice,

validez universal. “La Historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres”(155).

2.2.8 Nuestros días

La idea de la otredad le sirve a Paz de marco para abrir este capítulo: “Ser uno mismo es, siempre, llegar a ser ese otro que somos y que llevamos escondido en nuestro interior, más que nada como promesa o posibilidad de ser”(156). Esta misma idea la desarrolla poéticamente, unos años después, en *Piedra de Sol*: “los otros todos que nosotros somos [...] los otros que nos son si yo no existo / los otros que me dan plena existencia / no soy, no hay yo, siempre somos nosotros”²³.

Pero en *El laberinto de la soledad*, estas ideas, que formarán posteriormente su inconfundible poética, tienen una función clara: explicar la historia de México. “Así pues, no se trataba de empezar [en la Revolución] desde el principio sino desde antes del principio”(158).

Paz explica que la Revolución tuvo que crear tanto a la burguesía como a la clase obrera, en ese ánimo de poner al país en el camino de “la normalidad histórica”, pero al hacerlo, las convirtió en dependientes del Estado.

Y ese Estado, creado a partir del movimiento armado, ha seguido una marcha sinuosa porque ha tenido que atender compromisos opuestos: “Nacionalismo e imperialismo, obrerismo y desarrollo industrial, economía dirigida y régimen de ‘libre empresa’, democracia y paternalismo estatal”(161).

Paz pone énfasis que, para 1950, muchos propósitos revolucionarios no se habían alcanzado. Quizá ni en este momento. Somete a duda, y por lo tanto a

²³ Octavio Paz, *Piedra de Sol*, Barcelona, Mondadori, 1998, pág. 76

crítica, la política social y económica del régimen institucional, y es interesante reconocer que Paz, al menos en el año de la edición de su libro, creía en el papel del Estado como desarrollador: "Sin duda la mejor -y quizá única- solución consiste en la inversión de capitales públicos, ya sean préstamos gubernamentales o por medio de las organizaciones internacionales"(164).

Hay una crítica a los resultados de la revolución bolchevique. Paz dice que lo único que puede justificar una revolución es liberar al hombre. Su defensa de la libertad, como revisamos en el capítulo anterior, fue una constante en toda su vida. Desmiente la tesis de que la clase obrera está llamada, por una función universal, a ser el elemento de cambio a través de revoluciones encabezadas por aquélla. En realidad, sostiene, lo que han creado las revoluciones, tanto mexicana como rusa, es al "Partido" y su correspondiente burocracia, aunque en la mexicana no se advierte el "terror organizado", que para la fecha de la escritura del ensayo caracterizaba a la rusa. "El rasgo distintivo -y decisivo- es que no estamos ante la revolución proletaria de los países 'avanzados' sino ante la insurrección de las masas y pueblos que viven en la periferia del mundo occidental"(168). Hay aquí una evidente crítica al marxismo, sobre todo porque éste sostenía que las revoluciones eran el paso posterior del capitalismo, del desarrollo, y la teoría marxista no explicaba por qué países semif feudales como Rusia podían acceder de un golpe a la Revolución "ahorrándose" el paso por el capitalismo.

La idea del eterno presente vuelve en esta capítulo: "Nuestro siglo es una gran vasija en donde todos los tiempos históricos hierven, se confunden y mezclan"(170). La necesidad de explicar desde el ángulo mítico es evidente.

México ha aprendido todo del exterior, por tal la Revolución mexicana "desemboca en la historia universal". México está en el contexto de otras

naciones igualmente subdesarrolladas de América Latina , Africa y Oriente. El nacionalismo debe desembocar, afirma Paz, “en una búsqueda universal”, en donde el conflicto mexicano de negación y ruptura se resuelva en la anulación de males como la mentira, el disimulo, la mala fe, la inautenticidad, la violencia, y seamos capaces de crear una sociedad humana en donde el hombre no sea sólo un instrumento.

La idea de la soledad se presenta como colofón del capítulo y como reiteración de la idea que ha inspirado al libro: “Estamos al fin solos. Como todos los hombres. [...] Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”(174).

2.2.9 Apéndice: La dialéctica de la soledad

El apéndice del libro es también la reiteración de la idea central que Paz ha manejado en el resto de la obra: la soledad como un estado del ser, particularmente del mexicano: “Todos los hombres, en algún momento de su vida, se siente solos; y más: todos los hombres están solos. [...] La soledad es el fondo último de la condición humana. [...] El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión. Por eso cada vez que se siente a sí mismo se siente como carencia de otro, como soledad. [...] Así, sentirse solos posee un doble significado: por una parte consiste en tener conciencia de sí; por la otra, en un deseo de salir de sí”(175). Hay, en estas acepciones, reminiscencias al mito platónico del andrógino: el hombre ha sido separado de una mitad a la que está condenado a buscar de por vida. Su soledad es la ausencia de lo que un día, en el orgien, poseyó, y, por eso también, es un deseo permanente. El hombre es

sed de comunión; no es gratuita esta afirmación que dará pie a Paz a afirmar que la salida a esta necesidad son el amor y la poesía: caminos inmejorables a la comunión.

Las dos experiencias más trascendentes del hombre son en soledad: el nacimiento y la muerte.

Después de estas disquisiciones sobre la soledad vuelve a reiterar Paz el mito del eterno retorno. Habla del amor, tema que, como él mismo afirmaría en la *Llama doble*, lo acompañó toda su vida.

El hombre le pide al amor “un instante, sólo un instante, de vida plena, en la que se fundan los contrarios y vida y muerte, tiempo y eternidad pacten”(177). En *Piedra de sol* encontramos esta idea ampliamente desarrollada: “busco sin recordar, busco un instante [...] piso mi sombra en busca de un instante [...] todos los siglos son un solo instante [...] no hay nada frente a mí, sólo un instante [...] porque las desnudeces enlazadas / saltan el tiempo y son invulnerables [...] por un instante inmenso y vislumbramos / nuestra unidad perdida”. El instante es el tiempo mágico que se sale del tiempo, es la única vía del hombre para romper la idea moderna de la linealidad y para detener todos los relojes. El instante sólo lo producen el amor o la poesía; gracias al instante, el ser accede a su ración de paraíso terrenal.

El amor, en todas sus facetas, como idea, como sentimiento, como tema, es una herencia surrealista en Paz. El “amor loco” de Bretón le seduce a nuestro poeta, sobre todo, por su carácter subversivo: “Para realizarse, el amor necesita quebrantar la ley del mundo”(178). Paz acusa a la sociedad contemporánea de expulsar de su seno al amor y a la poesía, arrojándolos “a la clandestinidad, a las afueras, al mundo turbio y confuso de lo prohibido, lo ridículo y lo anormal”(180). Vivimos en una sociedad dual: “lo bueno y lo

malo, lo permitido y lo prohibido; lo ideal y lo real, lo racional y lo irracional; lo bello y lo feo; el sueño y la vigilia, lo pobres y los ricos, los burgueses y los proletarios; la inocencia y la conciencia, la imaginación y el pensamiento. [...] Pero la sociedad moderna pretende resolver su dualismo mediante la supresión de esa dialéctica de la soledad que hace posible el amor”(181).

Las leyes del mercado rigen ahora no sólo la producción y el consumo, sino también la moral, el arte y los sentimientos. La defensa del amor, aunque implique peligro, debe realizarse. El hombre actual es un autómatas, esclavo del trabajo sin fin reflejo, a su vez, de la vida sin finalidad de la sociedad moderna.

Vuelve Paz, en preparación al final, con la idea de la soledad: “La soledad es ruptura con un mundo caduco y preparación para el regreso y la lucha final”(184). Identifica las ideas de soledad y pecado original. “En efecto, soledad y orfandad son, en último término, experiencias del vacío. [...] El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo del que fuimos arrancados, es nostalgia del espacio”(187).

Su tesis del eterno presente la expresa así: “Hubo un tiempo en el que el tiempo no era sucesión y tránsito, sino manar continuo de un presente fijo, en el que estaban contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro”(188). Es evidente que se trata de una concepción mítica, y así es posible esta pluralidad de tiempo. Esta visión le permite argumentar a favor del presente como el tiempo del hombre y no el futuro que la modernidad le ha impuesto. Paz cree que en el aquí y el ahora debe buscar el ser su salvación: la comunión con los otros, consigo mismo. Así, la Fiesta tiene un papel fundamental en esta visión mítica del tiempo, porque la Fiesta “abre en dos al tiempo cronométrico para que, por espacio de unas breves horas inconmensurables, el presente eterno se

reinstale”(189). También la poesía y el amor son capaces de revelar ese tiempo original.

Historia y Mito o Historia y Poesía, serán dicotomías de oposiciones porque en el Mito y en la Poesía, como en la Fiesta y en los cuentos, no hay fechas precisas “Y ese principio -que no es el año tal o el día tal- contiene todos los principios”(190). El Mito sobrevive aun a la racionalización del hombre moderno.

“El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento nos ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla, en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir, acaso, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizás entonces, empezaremos a soñar otra vez con los ojos cerrados”(191).

2.3 *Posdata*

En 1970, veinte años después de publicado *El laberinto de la soledad*, aparece *Posdata*: en buena medida una prolongación del primero, sobre todo por el tema tratado: México; el mismo título advierte la inequívoca intención de Octavio Paz y él mismo lo aclara en la “Nota” que abre su texto: “Posdata a un libro que escribí hace veinte años, estas páginas son igualmente un prefacio a otro libro no escrito” (12)²⁴. Esos libros no escritos en 1970 fueron sin duda *El ogro filantrópico*(1979), *Tiempo nublado* (1983) y *Pequeña crónica de grandes días*(1990), obras en las que se ocupó de temas afines a la historia y la

²⁴ Paz, *Posdata*, México, S. XXI, 1980. Seguiremos el mismo criterio de anotar el número de página inmediatamente después de las citas, como en los apartados anteriores.

política. Destacamos de la advertencia de Paz esa intención anticipada de mantenerse en una misma línea: ejercer la crítica sobre la situación de su país y del mundo.

En esa misma "Nota" señala que: "*El laberinto de la soledad* fue un ejercicio de la imaginación crítica: una visión y simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser" (10). Se trata de una defensa sobre las críticas que recibió su obra en el sentido de que no reflejaba la "verdadera" realidad del mexicano y una toma de distancia sobre lo que en esa época se pretendía fuera una "filosofía del mexicano". En realidad nos parece que habiendo utilizado Paz el género ensayístico no había necesidad de deslindarse de los alcances de sus textos. Hemos dicho que el ensayo "permite", como decía Montaigne, regodearse con un tema.

Posdata, sin embargo, tiene un fin claro: hablar de México después de 1968. En dos sentidos, a nuestro juicio, puede considerarse una "prolongación" de *El laberinto*: en primer lugar porque son reflexiones sobre historia y política de México y, en segundo, porque la base mítica que manejó Paz en *El laberinto* para armar sus explicaciones persiste en *Posdata*: el mito de la pirámide y la masacre como sacrificio o castigo divino.

Tlatelolco '68 es una fecha aún viva para los mexicanos y para Paz significó el tiempo de independizarse del sistema. Renunció a la embajada en la India como protesta ante el abuso de poder y la incapacidad del gobierno de dar respuestas civilizadas a las demandas democráticas de miles de jóvenes. Su enojo, su indignación sólo podían canalizarse por la vía de la inteligencia. Su libro es su respuesta y, como él mismo lo dice, "una tentativa por descifrar la realidad".

2.3.1 Olimpiada y Tlatelolco

México, desde la visión de Paz de 1950, ya era contemporáneo del resto de las naciones del orbe. En 1968 se ratificaría esta postura al participar sectores de la capital de nuestro país en la ola de protestas que sacudieron ciudades como Praga, Chicago, París, Tokio, Belgrado, Roma y Santiago. La razón no fue, aclara Paz, la lucha de clases, sino el despotismo tecnológico que mantiene al margen a los “económicamente no productivos”, como suelen ser la gran mayoría de los estudiantes.

No es raro que hayan sido las universidades los laboratorios de las protestas porque es ahí donde se genera la crítica. Una crítica al progreso, a la despersonalización del ser humano: “El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser”(26). Paz explica que la protesta juvenil antepuso al fantasma inalcanzable del futuro la contundencia del presente: del ahora y aquí que encierra un elemento subversivo: el placer. Los jóvenes no hicieron sino recoger la herencia romántica que propone un cambio radical: frente a la idea del hombre como el ser que trabaja debe ponerse al hombre como el ser que desea. Inocultable crítica a los principios sobre los que se fundamentaba la modernidad: futuro, progreso, historia, tiempo lineal, etcétera.

Los movimientos juveniles aunque guardaron semejanzas también acusaron diferencias. Mientras que los de Europa del Este están teñidos de un espíritu nacionalista y democrático, la mayoría de los restantes son una protesta contra la sociedad que produce el progreso. El movimiento mexicano se parece

más, dice Paz, a los de Europa del Este: nacionalista frente al monstruo norteamericano y democrático frente a la esclerosis del PRI. Sin embargo aclara que, como el país mismo, fue *sui generis*. Los estudiantes de nuestro país no se proponían un cambio violento sino una reforma: “Ni el temple del pueblo mexicano es revolucionario ni lo son las condiciones históricas del país. Nadie quiere una revolución sino una reforma”(35). Todo se resumía a una palabra, advierte Paz: democratización. Pero la sordera gubernamental no atendió la petición generalizada de regresar a los orígenes de la Revolución Mexicana “que nunca fue dogmática y sí muy sensible a las mudanzas del ánimo popular”.

El 2 de octubre cortó de tajo las manifestaciones y cerró una época de la historia nacional. “Puede decirse que el movimiento estudiantil y la celebración de la Olimpiada en México fueron hechos complementarios: los dos eran signos del relativo progreso del país”(39). Paz anota que es difícil entender la reacción del gobierno que de ninguna manera estaba amenazado seriamente. Represión es regresión, advierte. Tlatelolco nos mostró que nuestro pasado está vivo, un pasado que no hemos entendido ni asimilado; ese pasado que, frente al relativo desarrollo [de los años sesenta], lo hace ver paradójico: organización de unos juegos olímpicos frente a la masacre estudiantil.

2.3.2 El desarrollo y otros espejismos

En 1929 se vuelve orgánica la Revolución: se funda el Partido Nacional Revolucionario (PNR), embrión de dos males que nos han acompañado hasta finales de siglo: el presidencialismo y la dictadura del partido. En 1938 el presidente Cárdenas le cambió el nombre por el de Partido de la Revolución

Mexicana (PRM) y en 1946 Alemán hace lo propio para quedar como lo conocemos ahora: Partido Revolucionario Institucional (PRI). “Los tres nombres del Partido reflejan los tres momentos del México moderno: la creación del nuevo Estado, la reforma social y el desarrollo económico”(49).

Paz critica al Partido en el sentido que nunca ha sido independiente, sus “cambios” siempre han obedecido a las “instrucciones de arriba”: es un organismo burocrático siempre dispuesto a la obediencia. Su control no se limitó al de las organizaciones populares sino que incluyó el de la opinión pública; en descargo, Paz reconoce que si bien el PRI no es un partido ideológico “circunstancia que, si ha favorecido la venalidad, nos ha salvado de los terrores de una ortodoxia cualquiera”(51).

Es muy interesante cómo, en 1970, Paz advertía que la única posibilidad de “salvación” del PRI era su reforma democrática interna, pero a Paz le parecía fuera de tiempo: “Es lo que esperámos muchos [la reforma] y lo que se propuso hacer, recientemente, Carlos Madrazo. El fracaso de su tentativa es un signo de que ese remedio es ya tardío”(52). ¿Qué pensarán los priistas del año 2000 que siguen esperando esa reforma democrática?

Paz señala que durante la Segunda Guerra Mundial se terminó el periodo propiamente revolucionario de México y se inició el del desarrollo económico. La limitación de las revoluciones en países subdesarrollados, señala, es que suelen plantear la disyuntiva de o desarrollo o reforma social, en donde la elección suele cargarse a la primera opción. México no fue la excepción y, durante el periodo de Miguel Alemán, se dió un giro a la política de desarrollo que, según Paz, obedeció a tres factores: a la decisión del régimen, a la influencia de Estados Unidos y, a la emergencia de una naciente clase industrial capitalista. Al acometer la industrialización del país se tuvo que reconocer la

creciente influencia de los hombres del dinero en las decisiones del poder. Sin embargo advierte Paz, que contrario a lo que plantean las tesis marxistas, en el caso mexicano la clase burguesa fue producto de la acción del Estado y no a la inversa: "El Estado no es tanto la expresión de la clase dominante, al menos en su origen, sino que ésta es el resultado de la acción del Estado"(67).

Otro de los análisis de Paz que tienen sabor a vaticinio fue el siguiente: "El sector privado tarde o temprano sentirá la tentación de deshacerse del PRI"(69); no otra cosa presenciamos con la participación, siempre en aumento, de los empresarios en la política (antes era a la inversa) hasta desembocar al 2 de julio del 2000 con el triunfo de un empresario en la elección presidencial.

La crítica de Paz a la política desarrollista de México se centra en indicar que ésta no obedeció a un plan integral nacional ni de largo plazo. Es increíble que treinta años después esa crítica parezca tan actual a nuestros ojos. "El desarrollo económico ha sido notable; no lo ha sido, ni con mucho, el desarrollo social: México sigue siendo un país de escandalosas desigualdades"(71). Estos desajustes en la planeación provocaron que se abismaran los dos Méxicos: el moderno y el subdesarrollado. Paz ya advertía, con enorme claridad y contundencia, que de no darse una reforma democrática del régimen la distancia entre esos dos Méxicos aumentaría; para desgracia nuestra ningún gobernante leyó a Paz: la realidad de estos tiempos es contundente: cuarenta millones de mexicanos viven en la extrema pobreza y su tendencia es a la alza.

¿Qué propone Paz como solución?: "Ante esta visión, ¿cómo no retroceder y buscar *otro* modelo de desarrollo? Se trata de una tarea urgente y que requiere por igual la ciencia y la imaginación, la honestidad y la sensibilidad; una tarea sin precedentes porque todos los modelos de desarrollo

que conocemos, vengan del Oeste o del Este, conducen al desastre”(75). Sin embargo, como sabemos, no sólo no retrocedimos, sino que aceleramos nuestra incursión en el modelo liberal y tenemos así cada día más pobres. La urgencia de nuestros gobernantes se tradujo en un desequilibrio mayor entre lo que Paz reconocía en 1970 como los Méxicos moderno y subdesarrollado. La necesidad de buscar *otro* modelo de desarrollo más justo sigue, por desgracia, vigente.

Es difícil, dice Paz, ejercer la crítica del régimen si éste no promueve la libertad y la democracia. Además culturalmente, advierte, profesamos un culto al poder mezcla de adoración y terror. El análisis de este apartado termina con tres conclusiones: la crisis de México es producto de su desarrollo; sólo la democracia puede ayudar a que se planteen soluciones a los problemas del país; y, si no se accede a la salida democrática, lo que le espera al país es otra dictadura. También apuntó Paz con aguda claridad: “Nadie sabe la forma del futuro: es un secreto -ésta es la enseñanza de este medio siglo de trastornos- que no está ni en los libros de Marx ni en los de sus adversarios”(100). Como sabemos, todo indica que la opción que hemos elegido, aunque un poco tarde, es la democrática. Una gran tarea nos espera: empezar a plantear, ahora sí en serio, las soluciones a los graves problemas de México y no para el futuro, sino para el presente.

2.3.3 Crítica de la pirámide

En *El laberinto de la soledad* Paz sostuvo que uno de los errores históricos de México fue imponer, en cada oportunidad que se requirió, una Forma que no correspondía a la realidad. En *Posdata* retoma este argumento para decir que: “La porción desarrollada de México impone su modelo a la otra mitad, sin

advertir que ese modelo no corresponde a nuestra verdadera realidad histórica, psíquica y cultural”(107). Se ha tratado de copias degradadas que evidencian nuestra incapacidad para crear modelos de desarrollo viables y humanos.

Paz habla de la existencia dentro del país de *otro* México y se refiere a “esa realidad gaseosa que forman las creencias, fragmentos de creencias, imágenes y conceptos que la historia deposita en el subsuelo de la psiquis social”(109). Esta idea refuerza la de “otredad” que Paz sostiene en toda su poética. El “otro” México es el que aparece y desaparece, se pliega y se despliega: “La otredad es nosotros mismos. La dualidad no es algo pegado, postizo o exterior; es nuestra realidad constitutiva: sin otredad no hay unidad”(111). Paz afirma que la otredad es una proyección de la unidad y que la otredad nos contituye y que: “El carácter de México, como el de cualquier otro pueblo, es una ilusión, una máscara; al mismo tiempo, es un rostro real”(113).

Así explica el 2 de octubre de 1968: “Fue, simultáneamente, la negación de aquello que hemos querido ser desde la Revolución y la afirmación de aquello que somos desde la Conquista y aún antes. Puede decirse que fue la aparición del otro México o, más exactamente, de uno de sus aspectos”(113). El otro México, como ya dijo, es parte también de nosotros, si pretendiéramos extirparlo nos mutilaríamos. El 2 de octubre para Paz tiene una doble significación: es al mismo tiempo un hecho histórico y una representación simbólica de la historia que corre por el subsuelo mexicano, más aún, un acto ritual: un sacrificio.

Paz sostiene, en esta parte final de su libro, que la pirámide tiene una carga simbólica fundamental para nuestra cultura: representa la metáfora del mundo como montaña y de ésta como dadora de vida, por tanto, la pirámide

asegura la continuidad del tiempo humano y cósmico. El sacrificio que se despliega en la pirámide es una destrucción creadora.

Paz acusa una continuidad entre el mundo prehispánico, el colonial y el contemporáneo: “Los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas”(123). El fundamento incosciente de esa continuidad, afirma, es el arquetipo religioso-político: la pirámide: en la cúspide el jerarca y la piedra de sacrificios. Los arquetipos incoscientes operan, dice Paz, tanto en los gobernantes como en los gobernados: una especie de complicidad suicida. De ahí que la crítica de México y su historia tenga que empezar por examinar la visión azteca del mundo y cómo, los mexicanos actuales, de manera incosciente, hemos adoptado ese punto de vista. “La crítica de México comienza por la crítica de la pirámide”(135).

No hay duda, dice Paz, que los españoles heredaron el arquetipo de poder de los aztecas (tanto aztecas como españoles “usurparon” el poder). El tlatoani era impersonal, sacerdotal e institucional. Nada más obvio, entonces, que nuestros actuales presidentes también lo sean, por eso el respeto es a la investidura y no a la persona. Concluido el sexenio el que deja el poder vuelve a la “normalidad” y volvemos a ver en él los defectos que el ejercicio del poder impedía reconocer. Por eso el “2 de octubre de Tlatelolco se inserta con aterradora lógica dentro de nuestra historia, la real y la simbólica”(149).

¿Cómo romper esta “aterradora lógica” de la historia? “La crítica nos dice que debemos aprender a disolver los ídolos: aprender a disolverlos dentro de nosotros mismos. Tenemos que aprender a ser aire, sueño en libertad”(155).

3. Lectura de *El ogro flandrónico* y *Pequeña crónica de grandes días*

3.1 Líneas preliminares

La obra de Octavio Paz es la obra de un poeta. Tanto su ensayo como su poesía son el ejercicio de una conciencia crítica libre. Al lector puede o no gustarle un poema o puede sumarse o disentir de las opiniones de Paz sobre un autor y su obra o sobre política nacional e internacional, pero no podrá negar que se trata del trabajo creativo de un espíritu reflexivo, inconforme, provocador, corrosivo, mordaz, irónico, lúdico, pero sobre todo, consciente del terreno que pisa.

Él mismo, a lo largo de su vida, puso énfasis en que sus opiniones sobre temas sociales eran las de un poeta, no las de un politólogo o sociólogo, y ahí es en donde radica la fuerza y la importancia de sus aportaciones a los distintos terrenos del conocimiento: sus opiniones son el *otro* ángulo desde el que se mira la misma realidad. Sus puntos de vista, sus observaciones, son la confrontación permanente de alguien que duda siempre para luego pensar y hacer la crítica que sostenga su condición de escritor moderno: para existir.

La obra creativa de Octavio Paz es muy amplia y difícilmente puede disasociarse sin que se corra el riesgo de emitir juicios parciales y subjetivos. La obra de Paz, como él mismo lo dijo, es una sola. Y más que tratarse de recetas contundentes para resolver todo tipo de males, está fundamentada en preguntas que se hace a sí mismo y cuyas respuestas buscan mantener el ejercicio interrogativo en sus lectores: “Y así surgieron mis dos primeros libros de ensayos; *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira*: dos respuestas a dos

preguntas. Todo lo que he escrito después ha sido, en cierto modo, el desarrollo de estos dos libros” (PCGD,110)²⁵.

El ogro filantrópico y *Pequeña crónica de grandes días* confirman lo dicho por su propio autor. No son libros que puedan etiquetarse o clasificarse por su contenido. Debemos conformarnos con decir que son libros de ensayos en donde la capacidad reflexiva de Octavio Paz se regodea y transita por diversos temas históricos, políticos, literarios y filosóficos, es decir, el mundo de la cultura, que es tan amplio que no permite la reducción de catalogar estas obras con el simple esquema de “libros políticos”, aunque en ellos se hable de política.

Hay una voluntad constante de Paz en estos dos libros que es lo mismo preocupación que afirmación: la libertad del escritor y la independencia de su conciencia. Paz no cree en la literatura que no se comprometa con la literatura misma, y si existe tal compromiso, la literatura -dice él- empieza por ser crítica de sí misma. Las obras que nos ocupan guardan esta fidelidad.

3.2 Sobre la estructura de los libros

El ogro filantrópico está dividido en cuatro apartados. El primero “El presente y sus pasados”, son disquisiciones históricas sobre México, desde la Colonia a nuestros días. El segundo “Hechos y dichos”, agrupa ensayos sobre la vida mexicana posterior al movimiento estudiantil del ‘68. Aunque en los ensayos del tercer apartado “Eros / Job” no hay propiamente una unidad temática, predominan los de temas sobre la exURSS y los problemas de las dictaduras

²⁵ En este capítulo además de indicar el número de página señalo también, con abreviaturas, el título del libro que cito. Las ediciones que he utilizado de las obras de Paz son: *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz, 1981 y *Pequeña crónica de grandes días*, México, FCE, 1990.

comunistas. Y en el cuarto apartado “La letra y el cetro” son reflexiones que hace Paz sobre la actividad intelectual y su relación con el poder.

En cuanto a *Pequeña crónica de grandes días*, esta obra tiene dos secciones. La primera lleva el título del libro y reúne seis ensayos cuyo contenido es eminentemente político. Mientras que en la segunda, titulada “Piezas de convicción” se agrupan ensayos, discursos y entrevistas, que son por lo general multitemáticos.

3.3 El ogro filantrópico

3.3.1 El presente y su pasado

A Octavio Paz no le tembló la mano para escribir que el México contemporáneo vive una crisis creada a pulso por los propios mexicanos. Somos una sociedad producto de negaciones y no de afirmaciones. Somos herederos, para bien o para mal, de una España premoderna y contrareformista, que nos dejó instalado -y que no hemos logrado cambiar- un régimen patrimonialista y centralista, con los vicios propios de las cortes europeas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Y una sociedad con un profundo sentido religioso, cuyos intelectuales no han sabido generar la autocrítica que la ponga de lleno en la modernidad.

La primera negación se dió en la Colonia. La Nueva España y sus criollos niegan a España y a los peninsulares, niegan también al mestizo y niegan al indio vivo, ahí empiezan nuestros conflictos.

Paz ve en Sor Juana un claro ejemplo de cómo la Nueva España no supo o no pudo generar un nuevo pensamiento que fuera la base de la modernidad.

Sor Juana termina en silencio, pero ese silencio -afirma Paz- entraña una contradicción, pues la imposibilidad de Sor Juana de crear un nuevo lenguaje poético, en realidad es el reflejo de la imposibilidad de la sociedad novohispana de crear un nuevo pensamiento. “El arte de la Nueva España, como la sociedad misma que lo produjo, no quiso ser *nuevo*: quiso ser *otro*” (OF, 43).

La Independencia soñada por los criollos terminó en pesadilla: “México no fue criollo sino mestizo y no fue imperio sino república” (OF, 45). Los criollos no tuvieron, a pesar de su antiespañolismo, un sentimiento nacionalista en el sentido moderno. La Independencia fue la cuna de las contradicciones de los liberales, pues quisieron convertir al país en moderno por decreto, sin considerar que la tradición novohispana no había generado las condiciones necesarias para transitar a la modernidad sin tropiezos.

Paz afirma que el primer gran error en el México Independiente lo cometieron los liberales del siglo XIX, que actuando de buena fe, copiaron un esquema de república federal y democracia representativa que sólo quedó en la letra de la ley, pues al negar el pasado inmediato -los tres siglos de colonia-, se negaba al mismo tiempo una realidad que a lo largo de siglo y medio se ha encargado de hacer fracasar todos los modelos de desarrollo que se han impuesto a nuestro país que no han tenido nada que ver con su historia y sus costumbres: “La Independencia fue un falso comienzo: nos liberó de Madrid, no de nuestro pasado” (OF, 60).

Nació México con la Independencia, pero se trató de un cambio jurídico, no de un cambio cultural. La nueva sociedad era la vieja sociedad estrenando leyes e instituciones ajenas a sus creencias y posiblemente a sus intereses. Paz es categórico: “La ideología liberal no fue una verdadera solución. [...]”

Cambiaron las leyes, no los hombres ni las relaciones de propiedad y dominación” (OF, 63).

Este hecho fue y ha sido catastrófico, pues habiendo triunfado los liberales, se olvidaron de nuestras raíces, quisieron construir un país a imagen y semejanza de Estados Unidos, sin considerar que el basamento cultural era distinto y en algunos casos antagónico.

Paz explica que la razón de los yerros se debe en buena medida a que “No hemos sabido asumir nuestro pasado, quizá, porque tampoco hemos sabido hacer su crítica” (OF, 65). Esta afirmación encierra varias claves. No podemos olvidar que para Paz la modernidad entraña la crítica. El México independiente no entró a la modernidad porque no tenía una tradición crítica, eso impidió asimismo asimilar críticamente el o los pasados, y en consecuencia, quedó el país a la deriva. Y al no asumir lo que realmente éramos, empieza lo que Paz llama la “inautenticidad”, la mentira, males que se arraigaron y perviven hasta nuestros días.

En plena vida independiente llega el positivismo, pero al cruzar el mar “...cambió de naturaleza [...] En México, con los mismos esquemas verbales e intelectuales, en realidad fue la máscara de un orden fundado en el latifundismo” (OF, 19). Dura realidad para un país que nacía como tal. Negando su pasado, se negó -nosotros lo hemos padecido- un futuro moderno, con nuevas estructuras no sólo legales, sino sociales y políticas, que deberían haber sido la base sino de un desarrollo económico ejemplar, sí al menos de un sistema que garantizara un mínimo de bienestar para todos los mexicanos.

A Paz le preocupa y le inquieta la Historia. Trata de definirla, de ubicarla, de trascenderla. Esta actitud está más explícita en *Pequeña crónica de grandes días*, pero en *El ogro filantrópico* afirma: “La historia es conocimiento

que se sitúa entre la ciencia propiamente dicha y la poesía” (OF, 20). Paz no pierde la perspectiva que como poeta *invade* terrenos ajenos, y busca cercar a la Historia, que dicho por él mismo está en una zona limítrofe con la poesía. No es gratuita la siguiente afirmación: “El historiador describe como el hombre de ciencia y tiene visiones como el poeta” (OF, 21).

Esta toma de posición le abre las puertas del pasado de nuestro país y al mismo tiempo legitima sus afirmaciones.

Así, ubicado Paz *a un lado* de la Historia, nos explica que el rasgo premoderno del régimen centralista tiene a su vez su origen en la familia, en la idea del padre como cabeza del grupo, como macho, que ha dado como resultado que en México la imagen de autoridad del presidente de la república se asocie con la del padre. “Los presidentes mexicanos son dictadores constitucionales” (OF, 23).

Y con esta carga de males y de rasgos pre, y pseudomodernos, llega México al siglo XX, dominado por un caudillo que ejemplifica la idea anterior y con un país con profundas desigualdades sociales. La Revolución Mexicana, para terminar de completar el cuadro de nuestras desgracias, no fue tal, según Paz. Apenas fue una revuelta: fue varios movimientos simultáneos y regionales, las más de las veces contradictorios, que carecieron de una verdadera ideología que le diera el rango de revolución al estallido social.

Sin embargo “La Revolución Mexicana fue una tentativa por recuperar nuestro pasado y por elaborar al fin un proyecto nacional que no fuese la negación de lo que habíamos sido” (OF, 64). Esta es una visión muy importante de Paz sobre el movimiento de principios de siglo, pues si la Colonia y la Independencia fueron negaciones, la Revolución buscaba un regreso al origen, era de alguna manera un reencuentro con nosotros mismos.

Paz afirma que: “La creación más compleja y singular de Nueva España no fue individual sino colectiva y no pertenece al orden artístico sino al religioso: el culto a la Virgen de Guadalupe” (OF, 48). No es extraño entonces que su imagen haya servido de bandera tanto a las huestes de Hidalgo como posteriormente a las de Zapata, pero ¿qué significa la Virgen de Guadalupe en ambos movimientos armados? “La imagen de la Virgen expresaba admirablemente no la marcha hacia el progreso y la ‘modernización’ sino el regreso a las raíces” (OF, 65).

John Womack en su libro *Zapata y la Revolución Mexicana* inicia con la misma idea que maneja Paz “Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo hicieron una revolución.”³⁰, la aparente contradicción de la frase es en realidad un extraordinario resumen del dilema sobre el que ha vivido nuestro país.

No obstante no fue la facción del zapatismo la que triunfó en la Revolución y ese sentimiento de regreso al origen quedó subyugado por el impulso modernizador de los sonorenses. “La Revolución Mexicana fue confiscada por una burocracia política no sin analogías con las burocracias comunistas del Este de Europa y por una clase capitalista hecha a la imagen y semejanza del capitalismo norteamericano y dependiente de éste” (OF, 65).

Nació en 1929 el Partido Nacional Revolucionario (PNR) que sería en el sexenio de Cárdenas el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) para cambiar de nombre durante el mandato de Miguel Alemán a lo que ahora conocemos como Partido Revolucionario Institucional (PRI).

La historia mexicana de este siglo sería ininteligible sin el Partido *del* gobierno. Aunque Paz asegura que “La naturaleza peculiar del Estado

³⁰ Womack, *Ibidem*.

mexicano se revela por la presencia en su interior de tres órdenes o formaciones...” (OF, 93), que son a) la burocracia gubernamental, b) conglomerado heterogéneo de amigos y c) la burocracia política del PRI, me parece que en realidad estos grupos son la consecuencia y no la causa de la peculiaridad. A mi juicio la peculiaridad no es del Estado, sino del Gobierno, pues Estado como concepto político y jurídico es más amplio que el de Gobierno y es de hecho una copia del modelo norteamericano, en cambio el concepto Gobierno aunque constitucionalmente se trata de una república representativa y federal con una clara -en la letra de la ley- división de poderes, en la realidad, como el propio Paz lo dijo es la fachada de una “dictadura constitucional”.

Es el Gobierno el que crea el Partido, ésa es la peculiaridad de la política mexicana, pues lo crea no para ganar las elecciones sino para legitimarlas, al menos hasta hace unos pocos de años.

Paz en este sentido afirma que “Al final de la expedición el lector se encuentra con dos constantes de la historia mexicana: la obsesión por la legitimidad y el sentimiento de orfandad” (OF, 52).

Esta obsesión de legitimidad no ha sido ajena del régimen postrevolucionario, particularmente después de 1968, en donde la crisis del sistema político llega a un punto de clímax y así “La nueva legalidad que busca el régimen se funda en el reconocimiento de que existen otros partidos y proyectos políticos, es decir, en el pluralismo. Es un paso hacia la democracia” (OF, 94).

Pero Paz confunde los conceptos de legalidad y legitimidad. Pues lo que busca el régimen, y eso ya lo había afirmado él mismo, es la legitimidad; la legalidad se la da automáticamente el orden jurídico establecido y reconocido,

aunque a veces no aceptado, por todos. Los gobiernos revolucionarios, nos guste o no, han sido legales, no todos han sido legítimos. La legalidad la otorga la ley -que como sabemos es torcida a voluntad del que manda-; la legitimidad la da el consenso popular.

Paz reconoce que “el Estado del siglo XX se ha revelado como una fuerza más poderosa que la de los antiguos imperios y como un amo más terrible que los viejos tiranos y déspotas. Un amo sin rostro, desalmado y que obra no como un demonio sino como una máquina” (OF, 85). México es un Estado, un “Estado del siglo XX” con instituciones precolombinas, hispánicas y novohispanas que se niegan a morir y que han sido el eje sobre el que se ha desarrollado nuestra sociedad. Somos actualmente, una prolongación de las contradicciones originales.

“Salvo durante los interregnos de anarquía y guerra civil, los mexicanos hemos vivido a la sombra de gobiernos alternativamente despóticos o paternos pero siempre fuertes: el rey-sacerdote azteca, el virrey, el dictador, el señor presidente” (OF, 86-87). De ahí que la realidad de nuestro Estado sea ambigua, contradictoria y, en cierto modo, fascinante.

No puedo dejar de mencionar que con frecuencia Paz utiliza el concepto de Estado para referirse a Gobierno, rara confusión en alguien con una mente tan lúcida.

Por su parte nuestro Gobierno, con su compleja y monstruosa burocracia, aliado por razones de sobrevivencia con el PRI (que más que ser una burocracia política como dice Paz, representa lo que se conoce como clase política) se ha ido desgastando al grado que cada vez las aspiraciones sociales de democracia, base ineludible de la modernidad, empiezan a tener más referencias en la realidad “real”.

Paz se anticipó en una de las soluciones a la democratización del país. Ya en 1978, fecha de su ensayo "El ogro filantrópico", vaticinó un remedio: "Pero es un remedio visto con horror por la clase política mexicana: dividir al PRI. Tal vez su ala izquierda, unida a otras fuerzas, podría ser el núcleo de un verdadero partido socialista" (OF, 97). ¿Acaso el PRD no nació de la escisión del PRI y la suma de la vieja guardia de izquierda militante del Partido Comunista? Sólo falta saber si el PRD es "un verdadero partido socialista".

El saldo no ha sido bueno. Paz habla de un México desarrollado frente a otro subdesarrollado. Un México que anda en carros último modelo frente al que viaja en metro. Un México ilustrado frente a otro analfabeta. Uno que come y otro que pasa hambre. Uno que se mira al espejo y otro que anda todavía en busca de su rostro.

Los gobiernos posteriores a la Revolución -mezcla de distintos idearios- no han resuelto ni las contradicciones históricas ni las desigualdades sociales, por el contrario, han permitido que se ensanchen: "...no supieron prever las desastrosas consecuencias del irreflexivo culto al desarrollo y a la industrialización à outrance." (OF, 29).

"Este repaso a la historia moderna de México y su fracaso nos lleva a preguntarnos si es posible formular *otro* proyecto de modernización" (OF, 81). El propio Paz propone como inicio fortalecer el pensamiento crítico, provocar el renacimiento de la imaginación, para conocer la realidad y a partir de ahí plantear nuevas soluciones.

Paz antepone la necesidad de democratizar al país al de su modernización económica. "Pienso, por ejemplo, en la democracia espontánea de los pequeños pueblos y comunidades, en el autogobierno de los pueblos

indígenas, en el municipio novohispano [...] Ahí está, creo, la raíz de una posible democracia mexicana” (OF, 98).

En cuanto a la anhelada modernidad de México Paz invita a que la inventemos: “Pero invertarla a partir de las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo” (OF, 99-100). Paz propone algo sencillo y complejo a la vez que nos ha costado mucha sangre: ser nosotros mismos.

3.3.2 Hechos y Dichos

1958 es el año que marca Octavio Paz del inicio de la crisis del sistema mexicano. 1968 fue su primera explosión. Paz atribuye esta crisis al surgimiento de nuevas fuerzas sociales. “Hay una contradicción entre nuestra arcaica estructura política y los nuevos grupos sociales que ha creado el desarrollo económico. Y en esa contradicción está la raíz, la esencia de la crisis que vivimos” (OF, 104).

El ‘68 fue el grito ahogado de un pueblo que en voz de sus estudiantes pedía democracia. Pero la soberbia había dejado sordos y ciegos a nuestros gobernantes. “Se inició entonces una crisis política, social y moral que todavía no ha sido resuelta” (OF, 143).

Sin embargo, habrá que apuntar que aunque es la crisis de la revolución institucionalizada, siguiendo las ideas del propio Octavio Paz, esta crisis tiene su origen en la herencia premoderna que recibimos de los españoles, que no fue superada ni en la Colonia, ni en la República, ni en el Porfiriato y por supuesto tampoco en el México postrevolucionario.

Desde luego la actual es una crisis más compleja incluso que la que vivieron los independentistas y liberales del XIX, porque el mundo *se ha ido haciendo* más pequeño y los problemas y tendencias internacionales influyen y condicionan cada vez más la vida nacional.

Aunque Paz reconoce que la Revolución Mexicana sí tuvo aspectos positivos y ha creado instituciones que él mismo llama conquistas, como el ejido, las empresas públicas descentralizadas y los sindicatos obreros, y nos dió "conciencia de nación a la mayoría de los mexicanos" también acusa su escaso espíritu democrático y el haber fundado dos instituciones que ahora son un lastre: el PRI y la Presidencia de la República. Aunque el presidencialismo a la mexicana se ha sostenido gracias al trabajo electoral y electorero del PRI, no podemos olvidar que no es sino una consecuencia de la herencia patrimonialista tanto precortesiana como hispánica. El presidencialismo mexicano, siguiendo las ideas de Paz, es otro rasgo premoderno, pues jurídicamente está circundado por otros dos poderes, pero en la realidad, es la versión contemporánea del Tlatoani.

Paz admite que este esquema de poder tiene una base religiosa muy fuerte que frente a la religiosidad del pueblo permite entender las actitudes tanto del poder hacia los gobernados como a la inversa. El Presidente es poderoso porque permitimos que sea poderoso y me atrevería a decir que en el fondo nos gusta que sea poderoso. Quién sabe qué extrañas reminiscencias nos traiga toda la parafernalia y los ritos del poder. La parte que tenemos de indígenas nos regresa a ver en el gobernante al padre -el Tlatoani, gracias a la dualidad azteca, era el padre y la madre al mismo tiempo de su pueblo- pero también a la parte de divinidad que compartía con los dioses. Poco ha cambiado esta visión que a veces raya en idolatría.

La masacre de Tlatelolco es un ejemplo, según Paz, de ese sedimento religioso que permea no sólo las conciencias sino también las instituciones mexicanas: “La operación militar contra ellos no fue una acción política únicamente sino que asumió la forma casi religiosa de *un castigo de lo alto*. Una venganza divina” (OF, 145). Seguíamos aferrados a la premodernidad. De ahí la confrontación que hace Paz de las semejanzas de los tumultos de 1692 con los del ‘68.

Por ello la modernidad no debe medirse por el número de máquinas o fábricas sino por el desarrollo de la crítica intelectual y política. Tenemos que ser capaces de generar esa crítica para impedir futuras acciones criminales.

“La crítica de la sociedad contemporánea [...] ha sido primordialmente la obra de los poetas, escritores y artistas mexicanos, más que de los teóricos de la política revolucionaria y de los ideólogos marxistas” (OF, 104). Esto se debe según Paz a que no es una crítica ideológica. Sin embargo me parece una afirmación cuestionable, pues resulta difícil de creer que se esté ajeno a una ideología o como dice el propio Paz, a tener sólo ideas sin ideología. Que los creadores sean eclécticos es distinto a no tener ideología.

Pero como poeta hace valer su crítica. Y sostiene que la democratización es la única vía posible para *reconocer* los problemas y buscarles solución: “Nosotros tenemos que elaborar, de acuerdo con nuestra historia y nuestra tradición, programas distintos de desarrollo. Algo imposible si no hay una atmósfera democrática en México” (OF, 107). Pero admite que nada está dado de antemano, que si queremos democracia tenemos que forjarla y si queremos desarrollo tenemos que trabajar para conseguirlo.

Paz, y quizá esta sea una de las principales ideas de su pensamiento político, ve una posible solución a nuestros problemas en una Alianza Popular

Independiente: "La fórmula de la alianza popular postula implícitamente algo que lo mismo la derecha y el PRI que la antigua izquierda y los grupitos se niegan obstinadamente a reconocer: el carácter plural del México contemporáneo" (OF, 113).

Llama la atención el hecho de que en 1979 Paz creyera que sólo había dos alternativas: "reforma democrática y social o violencia reaccionaria" (OF, 122).

Para Paz es muy claro que los conceptos desarrollo y subdesarrollo pertenecen al argot económico, de ahí que le parezca aberrante reducir a una sociedad a cifras y proyecciones, olvidando lo que le da su fisonomía: "Su cultura, su historia, su sensibilidad, su arte, sus mitos, su cocina, todo eso que antes se llamaba el alma o el genio de los pueblos, su manera propia de ser" (OF, 126).

Paz propone "humanizar la economía" y diseñar un modelo de desarrollo propio para México que atienda su pasado, en donde tendrían que tomarse como medidas prioritarias la descentralización económica, política y cultural, con una nueva redistribución poblacional; la utilización racional de los recursos naturales y humanos y la revitalización de la agricultura.

En una de estas acciones -la redistribución de la población- Paz remarca su preocupación por el crecimiento alarmante -en la década de los '70- de los mexicanos. Critica la falta de planeación y la mojigatería de quienes se oponen a que se difundan -en aquel momento- los métodos anticonceptivos. Le parece que en el capitalismo la "austeridad sexual" tiene una función similar a la del ahorro. "La adopción de la tasa asiática de natalidad por los españoles y, después, por los criollos y los mestizos mexicanos, es un ejemplo más de la

persistencia de rasgos premodernos [...] en nuestras costumbres, ideas y creencias” (OF, 179).

La escritura de Octavio Paz es consecuente con su forma de pensar: “El primer deber del intelectual es hacer luz, despejar las confusiones, limpiar los cerebros de las telarañas de la pasión y de la ideología” (OF, 164). El intelectual, dice, debe empezar por la autocrítica.

Estas ideas le permiten ejercer ese derecho que tiene como intelectual: criticar. Y al referirse a la guerrilla y al terrorismo, lo hace de manera despiadada contra quienes en vez de autocriticarse aplauden y fomentan la violencia. La guerrilla es sólo un recurso de excepción en una situación de excepción dice Paz, por eso los movimientos populares deben conquistar la legalidad.

Los intelectuales mexicanos no han sabido generar un pensamiento crítico que los desintoxique de las plagas ideológicas: “Protestar y condenar es fácil, sobre todo para nuestros intelectuales. [...] Así tranquilizan sus conciencias y se ahorran el trabajo de pensar” (OF, 181). Debemos recordar que estos textos de Paz están muy cercanos en el tiempo al ‘68 y al ‘71, en donde sin disculpar las acciones de represión violenta que hizo el gobierno contra estudiantes, grupos importantes de la intelectualidad mexicana poco ayudaban a dar luz en medio de la crisis, al contrario, inflamaban las conciencias de por sí enfebrecidas de una generación que pensó que podía cambiar de un golpe nuestro sistema político, creyendo que la anunciada revolución del proletariado era inminente.

Las universidades y en general las instituciones de educación superior jugaron y juegan aún un papel importante. Paz concede a las universidades su condición de espacios críticos, pero no deben ser, dice, organizaciones

revolucionarias. Después del '68 el Partido Comunista gana espacios en las universidades, pero Paz hace una dura crítica de la izquierda mexicana a la que califica de usar métodos violentos, antidemocráticos y autoritarios, como un reflejo de crisis moral, pues le temen a la verdad.

“La esterilidad intelectual de la izquierda ha sido tan grande como su incapacidad para organizarse y unificarse. Falta de ideas y falta de líderes” (OF, 194). Esto ha provocado, según Octavio Paz, el silencio y la docilidad de “escritores faccionarios” que han colaborado a ese anquilosamiento e “insensibilidad moral” de la izquierda.

Tenemos un sistema arcaico frente a dos sistemas exteriores que tampoco son el ideal de desarrollo para un país como el nuestro. Debemos buscar, apunta Paz, la construcción de la pluralidad política, como base de una sociedad democrática que a su vez construya un modelo justo de desarrollo.

3.3.3 Eros / Job

Ante los Estados Unidos que como país fue “una elección, no una fatalidad”, está nuestro México como “el resultado de las circunstancias históricas más que de la voluntad de los ciudadanos” (OF, 212).

Afirma Paz que los mexicanos solemos confrontarnos permanentemente con Estados Unidos: “...desde niños los mexicanos vemos a ese país como el *otro* [...] son la imagen de todo lo que no somos” (OF, 53).

En la tradición norteamericana el cuerpo no es fuente de placer sino de salud y trabajo, de ahí que su cocina haya sido durante mucho tiempo un reflejo de la anesia moral heredada del protestantismo.

“En la sociedad civilizada la Religión legisla sobre los placeres, señaladamente sobre los del lecho y la mesa [...] pero para reprimirlos y desviarlos” (OF, 214). Paz compara nuestra sociedad civilizada con la de Harmonía que proponía el utopista Fourier, y encuentra que la diferencia está en que en Harmonía el placer es la fuente de todo, incluso del trabajo, mientras que en nuestras sociedades el placer tiene *a priori* una idea de maldad.

El deseo tanto en la erótica como en la gastronomía “...es la potencia que rige los enlaces, las mezclas y las transmutaciones” (OF, 217). El deseo, dice Paz, está ausente de la cocina norteamericana y “le temen a las especias como al diablo”.

“Las observaciones anteriores tienden a configurar la imagen de un mundo cuyo rasgo distintivo sería la conformidad social. No es así: el mismo puritanismo que vela por la insipidez de los alimentos y que ha hecho del trabajo una moral de salvación, es la raíz de los movimientos de crítica y autocrítica que periódicamente conmueven a la sociedad norteamericana” (OF, 220). Para el Nobel mexicano Esta es una señal inequívoca de modernidad pues ésta se mide no “por los progresos de la industria sino por la capacidad de crítica y autocrítica” (OF, 220). Sin embargo, la moral culinaria estadounidense se ha quebrantado por la industrialización de los alimentos y por el cosmopolitismo.

Hubo un descubrimiento de “la ambigüedad y la excepción en el ámbito del erotismo” al mismo tiempo que de especias y condimentos. Se desató una rebelión erótica, que ha sido sin embargo, secuestrada por la publicidad. “La Industria ha creado la abundancia pero ha convertido a Eros en uno de sus empleados”. (OF, 225).

Hay, de acuerdo con Paz, una *reconsideración* de lo que antes se pensaba antinatural. Y Paz aclara que esta rebelión erótica confunde lo natural con lo social, sexo con erotismo. Esta rebelión pone en peligro al erotismo y "...lo que ha sido su expresión más alta y revolucionaria: la idea del amor" (OF, 227).

"La decadencia del amor está en relación directa con el ocaso de la idea de alma" (OF, 233). Y en nuestra época, dice Paz, se trata de convertir el erotismo en ideología. "La industria convierte al erotismo en un negocio; la política en una opinión" (OF, 234).

Nuestro tiempo es el de la peste autoritaria. Este siglo ha estado lleno de injusticia, de violencia y desigualdad. El Estado, capitalista o comunista, ha visto en el hombre una cifra, un elemento de producción, por eso falta, según Paz, la crítica del Estado y sus burocracias. El escritor debe ser testigo del hombre, el intelectual debe escribir con rigor crítico.

Para Paz, no obstante sus tempranas inclinaciones hacia el marxismo-leninismo, no pasaron desarpecibidas las fallas de este sistema, que no dudó en usar el terror y la fuerza pública en contra de quienes osaron criticarlo.

Nuestro escritor advierte que la falla principal estuvo en la conversión que hace Lenin de una tesis marxista que no preveía la dictadura del Secretario General sobre el Comité Central, la del Comité Central sobre el Partido y la del Partido sobre la nación. Se explica Paz la actitud de los soviéticos porque ni en Rusia, ni en Hispanoamérica hubo tradición crítica, no tuvimos Reforma. Tanto ellos, como nosotros, desde la óptica paciana, somos herederos de rasgos premodernos.

"El Estado no debe ser ni Iglesia ni Partido, ésta es la primera condición de una sociedad realmente moderna y realmente democrática" (OF, 292). Los

errores políticos de los sistemas totalitarios los han llevado a enfrentarse a una dura realidad. Los hechos han sido contundentes. Paz se encuentra en el reducido grupo de intelectuales que desde hace más de treinta años inició una crítica frontal contra las dictaduras. Paz sostiene que el Estado debe ser neutral frente a los principios y que la tolerancia sólo se alcanza cuando se unen libertad y democracia.

El mismo Trotsky, escribe Paz, admitió poco antes de ser asesinado que la visión marxista de la historia podría ser un “terrible error de perspectiva”. Pero se necesita imaginación política y sobriedad intelectual para encarar la realidad. Tanto Marx y Engels habían concebido al socialismo como una vía de transformación social más que económica, esto lleva a Paz a firmar que el socialismo sin democracia no es socialismo. Lo que hubo en la ex-URSS y la Europa del Este fueron perversiones de las ideas de Marx..

El superviviente de este siglo, dice Paz, es el nacionalismo. Los intelectuales de izquierda erraron en sus predicciones y “...han revelado durante estos últimos años una frivolidad moral y política no menos escandalosa que la de los gobernantes de Occidente” (OF, 287). Sin embargo hay escritores que sí le han apostado a la libertad y a su defensa, a ellos hay que preguntarles por la realidad porque su literatura “...desde principios de siglo, es una vasta y alucinante guía del infierno” (OF, 286).

3.3.4 La letra y el cetro

“La historia de la literatura moderna, desde los románticos alemanes e ingleses hasta nuestros días, es la historia de una larga pasión desdichada por la política” (OF, 303). El canto del poeta es al mismo tiempo reflexión y crítica.

El poeta critica a su sociedad, pero como el lenguaje también es una sociedad, la literatura se convierte entonces también en crítica del lenguaje. El escritor, afirma Paz, posee una fuerza porque su palabra es lanzada desde una posición de no fuerza en relación con el poder constituido.

“Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma” (OF, 306). Me permito dudar de esta aseveración de Paz. No creo sinceramente que él haya sido un escritor marginal en estos términos. No dudo que ese pueda ser el ideal de independencia de un escritor frente al poder. No creo que en el caso de Octavio Paz se haya dado con ese rigor.

La misión del intelectual es “tratar de saber”, porque el arte es participación. El trabajo del poeta -y cita Paz a Gibbon- es darle alma a su pueblo, su crítica son los ojos de su comunidad de lectores.

En México la escala de valores es peculiar: “...el poder está antes que la riqueza, y, naturalmente, antes que el saber” (OF, 324). Por eso el “...intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos” (OF, 325). Sin embargo, en nuestro país han sido muy pocos los escritores que se han posicionado desde esta trinchera. Más bien han servido al poder, y hay en este sentido una *tradición* que se remonta al menos al siglo anterior. Los liberales no sólo sirvieron al poder, sino que lo ejercieron a sus anchas ¿esto le resta valor a sus obras, a su producción creativa? Me parece que no, respondían a modelos en los que creían. Dentro de los ateneístas, Vasconcelos fue un político de lujo del régimen obregonista. También los Contemporáneos sirvieron al poder. El propio Octavio Paz, aunque no suele mencionarlo en estos términos, sirvió al poder que critica por más de veinte años en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Hay casos en

donde se colabora de manera *indirecta* como el Daniel Cosío Villegas y otros en donde se pone al servicio del poder el *prestigio* del intelectual como el polémico caso de Carlos Fuentes en el régimen echeverrista y el del propio Octavio Paz en el sexenio salinista.

Sin embargo, Paz afirma que “La función política del escritor depende de su condición de hombre fuera de las combinaciones políticas. El escritor no es el hombre del poder ni el hombre del partido: es el hombre de conciencia” (OF, 333).

Desde su conciencia Paz dejó una pregunta, entre muchas: “¿Por qué no poner en entredicho los proyectos ruinosos que nos han llevado a la desolación que es el mundo moderno y diseñar otro proyecto, más humilde pero más humano y más justo?” (OF, 338). La tarea está inconclusa.

3.4 Pequeña crónica de grandes días

Hay cambios que no se esperan, dice Paz. Pero por fortuna el gran cambio que ha sufrido el mundo también incluye a México. Hoy nuestro país se encuentra otra vez ante una posibilidad de reconocerse, de forjar un nuevo destino, que incluya a la democracia como base de su desarrollo. En esta nación la sociedad civil se está formando y aunque nuestro sistema mantiene obstáculos como el PRI, tiene alternativas reales de cambiar: “...si el siglo se acaba, México comienza” (PCGD, 12).

3.4.1 Pequeña crónica de grandes días

Hay una reiterada preocupación por definir, por circundar, por aprehender la Historia. En este libro, que dista once años de *El ogro filantrópico*, hay un Octavio Paz, por consecuencia lógica, más maduro, y más seguro de sí mismo al saber que la Historia le dió la razón en muchas de sus anteriores intuiciones y posiciones frente a la política y sus ideologías.

La historia, para Paz, es un rasgo eminentemente de la modernidad. La historia ha servido para justificar y explicar la idea de la linealidad del tiempo, por ello le ha dedicado múltiples reflexiones, siempre críticas. Transcribo las definiciones o acercamientos que Paz hace al término Historia, como base del posterior desarrollo de este libro.

- a) “La historia no es un absoluto que se realiza sino un proceso que sin cesar se afirma y se niega. La historia es tiempo; nada en ella es durable y permanente. Aceptarlo es el comienzo de la sabiduría” (PCGD, 13);
- b) “La historia es lenta [...] el azar, más que la violencia, es el partero de la historia” (PCGD, 17);
- c) “Muy pocas veces la historia es racional” (PCGD, 24);
- d) “La historia es el campo de juego de la Fortuna, como llamaban los antiguos al accidente y a la contingencia” (PCGD, 37);
- e) “El fin de la historia será el comienzo de la paz” (PCGD, 84);
- f) “La historia no es otra cosa que nuestro diario vivir con, frente y entre nuestros semejantes” (PCGD, 99);
- g) “La historia es sed de totalidad, hambre de más allá” (PCGD, 99);
- h) “La historia es el dominio de lo imprevisto” (PCGD, 130);

- i) "La historia es imperfección, fracaso y crimen por ser la obra de seres imperfectos: nosotros mismos" (PCGD, 159);
- j) "La historia es horrible como un ídolo y también, como todos los ídolos, fascinante" (PCGD, 159);
- k) "¿la sucesión de actos y de obras que llamamos historia es racional?" (PCGD, 159);
- l) "La historia no es una: es plural. Hay tantas historias como civilizaciones" (PCGD, 159).

¿Qué pensarán los historiadores de las definiciones de Paz, si para ellos científicamente la historia es sólo un método que les permite acercarse -a veces más, a veces menos- a los hechos históricos en busca de explicaciones? No hay duda que Paz se sabe poeta, y se da el lujo de bautizar y rebautizar a la historia, de ponerle adjetivos y de inventarla ¿asistimos a otro acto de creación de Octavio Paz? Sin duda alguna; pero es oportuno señalar que la "visión" histórica de Paz, el poeta, es importante en la medida que no se atiene a "leyes" científicas que rijan de antemano su criterio. Como artista busca trascender la historia, pero sin engañarse: sabe que el instrumento que utiliza también está hecho de historia: el lenguaje.

Lo cierto es que la historia de este siglo ha sido una caja de sorpresas y no el "curso normal" del desarrollo como lo establecían los manuales marxistas. Cuando intelectuales de todas las latitudes pregonaban la consumación de la revolución mundial, de la instauración del marxismo-leninismo en todo el mundo, nos encontramos con que los cambios se empiezan a dar en otra dirección.

"Hoy vivimos la rebelión de las naciones sometidas" (PCGD, 28). Desde la ex-URSS hasta los países que conformaban la Europa del Este, están

direccionando sus cambios hacia democracias representativas. Rusia terminó por surgir de nuevo y está en liquidación la ideología comunista que creó Estados totalitarios que no sólo expropiaron los medios de producción, sino también, dice Paz, a los productores mismos.

La URSS creó una potencia militar sobre un país subdesarrollado y primero por herencia zarista, y después por voluntad del régimen comunista siguió siendo un imperio.

La tendencia actual, plantea Paz, es hacia la constitución de comunidades y de federaciones multinacionales. Hacia allá se perfiló México con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Anoto que en la fecha de publicación del libro, faltaban cuatro años para que entrara en vigor el Tratado. Paz no sólo vislumbraba que esa era la dirección correcta, sino que la apoyó en sus escritos, particularmente en "Panamá y otros palenques", que incluye el presente libro.

A pesar de la errática política exterior de los Estados Unidos, Paz veía en 1990 como positivo el Tratado de América del Norte, aunque él planteaba incluir a América Central y Las Antillas, y el otro bloque estaría formado por América del Sur.

En su defensa del TLC, que muchos la entendieron como colaboracionismo con Carlos Salinas, Paz fue tajante al plantear que la disyuntiva era "...escoger entre dos cosas distintas y contradictorias. Una es la asociación; la otra es la soledad histórica" (PCGD, 56).

¿Somos un país moderno? Paz insiste en la idea, que ya había planteado en *El ogro filantrópico*, de que existen dos Méxicos, de que hemos creado desigualdades abismales, que no en vano se reflejan en las estadísticas con la mitad del país postrado en la extrema miseria.

Por eso la modernización debe ser, según Paz, una actividad creadora, hecha de conservación, imitación e invención. “La relación entre modernidad y tradición ha sido y es capital en la historia de México [...] Es el *leitmotiv* de nuestra historia, del siglo XVIII a nuestros días” (PCGD, 58).

Queda entonces por realizarse la impostergable reforma democrática. Para ello se necesitan partidos políticos que no sean “fantasmas”. Paz critica a los ahora tres principales partidos PRI, PAN Y PRD.

Sostiene que la modernización de nuestro país tiene que comenzar por la familia, porque en ella está asentada la idea de patrimonialismo que ha adoptado el Estado, que se convierte después en Estado propietario. La reforma también incluye al lenguaje. Paz plantea una polémica entre el Estado justo y el Estado propietario, la concepción original es la del Estado justo, la otra surge dice, a raíz de la crisis económica de 1929.

La moneda, creo, sigue en el aire.

3.4.2 Piezas de convicción

La defensa de la paz está asociada a la preservación de la democracia, la democracia es diálogo y éste paz. Agrega que los Estados ideológicos son por naturaleza belicosos.

Ni la desaparición del Estado ni la constitución del Estado único son soluciones viables, debe preservarse por ello la crítica como brazo de la democracia, pues tiene dos ventajas: examina nuestros actos, limpiándolos de absolutismo y crea una distancia entre los actos y nosotros.

La literatura ha sido desde el siglo XVIII, tradición de la crítica, la disidencia y la ruptura. Paz afirma una vez más su creencia en la modernidad

como un examen permanente de los actos individuales y sociales. La modernidad, dice, es nuestra condenación, pero también nuestro destino.

La poesía, como en toda su obra, ocupa un lugar central: "La forma original de expresión literaria de la humanidad, la que ha surgido en todos los pueblos, ha sido la poesía" (PCGD, 108). La poesía, dice, es una pasión, mientras que la prosa una ocupación.

Pero para comprender se necesita intrepidez y claridad de espíritu, además de piedad e ironía, que nacen cuando se descubre que no hay verdades absolutas. Tenemos que reírnos de nosotros mismos y de los demás y después reírnos del "yo que se ríe del mundo".

Vuelve al tema de sexo, erotismo y amor, en términos un poco más amplios que en *El ogro filantrópico*; Paz sostiene que el sexo es el rasgo animal del hombre, mientras que el erotismo es la sociabilización del sexo: el erotismo es imaginación. Su idea de amor tiene raíces románticas y surrealistas; cree en la pareja, en la elección sujeta al "azar objetivo". Tres años después amplió estas ideas en *La llama doble*.

Paz ve en el Pacífico un horizonte nuevo para México, siempre y cuando el Estado le devuelva a la sociedad la iniciativa de la modernización económica, y logre construir la democracia como forma de convivencia social, que a su vez sea garantía de la libertad del arte.

La alianza entre la crítica y la creación es el rasgo que para Paz define al arte moderno. Creación es libertad de la visión y de la imaginación, por eso el escritor no debe caer en el chantaje del "compromiso social". La responsabilidad mayor del escritor es con la literatura misma, acechada cada vez más por el mercado y la publicidad.

Por eso no es extraño que cada vez haya menos literatura y más basura impresa. Los editores no aplican ni el rigor ni la crítica a la hora de imprimir libros, son en este sentido irremediabilmente premodernos. La ganancia económica está por encima de la calidad. No nos extrañe que dentro de muy poco tiempo los libros traigan una anotación que diga “léase antes de...”, pues al paso que vamos la literatura empieza a ser desechable. Paz dice que estamos “...ante algo que podríamos llamar ‘los desastres de la prosperidad’” (PCGD, 149).

En el último ensayo de *Pequeña crónica de grandes días*, titulado “Alba de la libertad” Paz reitera muchas de las ideas que ya se han expuesto a lo largo de este texto. Las omito considerando que la repetición puede ser ociosa. Sólo me detengo en una contradicción de Paz, pues en *El ogro filantrópico* y en este mismo libro reitera que el compromiso del escritor es sólo con la literatura y que el lugar del creador está lejos del ejercicio del poder, sin embargo al referirse a Mario Vargas Llosa escribió “Cuando, hace dos años, me confió su decisión de aceptar su candidatura a la presidencia del Perú, confieso que mi primer impulso fue disuadirlo. Pensé que perderíamos un gran escritor en una lucha dudosa e incierta como todas las luchas políticas. Estaba equivocado: un hombre se debe a sus convicciones.” (PCGD, 169).

El poeta, el escritor, también es hombre de carne y hueso. También siente hambre y frío y ama y odia como cualquier ser humano. ¿No estamos en la obra de Paz frente a la mitificación del poeta?

Conclusiones

México es un país que aún necesita conocer su historia para trascenderla y borrar, de una vez por todas, los fantasmas que de manera recurrente le impiden ser. No hemos sido capaces de asumir nuestro pasado críticamente porque, como sostiene Octavio Paz, herederos que fuimos de la contrarreforma española, no se nos inculcó el espíritu crítico que caracterizó a los reformistas; al contrario, la Colonia nos dejó, además de su humanismo y amor por las artes, muchas conductas premodernas que aún subsisten en nuestra cultura cotidiana.

Vivimos en un país lleno de contradicciones. Con un pasado que nos pesa y a veces nos nubla la vista. Vivimos en la ambivalencia: nos sentimos hispanistas, indigenistas y, las más de las veces, huérfanos. La palabra crisis es parte de nuestra vida cotidiana y las acciones gubernamentales han hecho que vayamos perdiendo nuestra capacidad de asombro ante sus errores y atrocidades.

Nuestra proclividad a la Forma, argumenta Paz, nos ha hecho cometer graves fallas históricas: hemos copiado modelos que no tienen sustento en nuestras raíces y en nuestra forma de pensar y, hemos tenido que pagar los precios de esas terribles fallas. Nos hemos empeñado en ser republicanos y federalistas, cuando nuestra idiosincrasia se había forjado, a través de siglos, en un sistema completamente distinto: monárquico y centralista. Le dimos la espalda a las costumbres de los pueblos y el saldo actual es catastrófico: la mitad del país sumida en la extrema miseria. Dos Méxicos que no logran conciliar sus intereses: el moderno y el subdesarrollado; el que come y el que pasa hambre; el culto y el iletrado. Esta es la radiografía que muestra el ensayo

político de Octavio Paz: no logramos hacer de nuestro país un espacio real para la libertad y la democracia, premisas necesarias para el posterior bienestar de los individuos. Pero Paz ofrece una herramienta inmejorable para conocernos mejor, para vernos por “dentro”: la crítica; a partir de revisar críticamente lo que hemos sido como nación, estaremos en mejores condiciones de proponer soluciones reales a nuestros problemas; cuando abandonemos el disimulo y la mentira podremos conocernos tal como somos: con nuestras aptitudes y limitaciones. Octavio Paz, aunque siempre se asumió exclusivamente como poeta, hizo un ejercicio de revisión histórica que no puede soslayarse: nos entregó “otra” visión de los hechos; nos heredó un punto de vista nada desdeñable si consideramos que la historia no es otra cosa que eso: un subjetivo punto de vista. Tal vez los aciertos de Paz en muchas de sus opiniones tengan su origen en esa actitud crítica que fue una constante en su obra y a que no le preocupaba “desatender” el aspecto científico en sus apreciaciones, pues le parecía de mucha mayor importancia el alma de los hombres: su naturaleza siempre difícil y a veces inexpugnable. Supo que en el acontecer histórico también operaban el azar y el accidente y que era necesario considerar esas variables al momento de tratar de entender las acciones humanas.

Las lecturas que hemos hecho de sus libros son una clara muestra de que el ensayista Octavio Paz sabía que podía equivocarse en datos y apreciaciones, pero no en lo fundamental: que la vida es lo más valioso que tiene el ser humano y, en consecuencia, tiene que luchar por vivirla de manera libre, lejos de la enajenación de las ideologías; y que la plenitud de la existencia sólo se consigue en la medida en que se tiene conciencia de ella.

La obra de Octavio Paz es demasiado actual para desgracia nuestra. Sus críticas siguen teniendo vigencia porque el país, el mundo y, sobre todo, el hombre, en muchos sentidos, sigue siendo el mismo; es cierto que en México ha habido avances, que la reciente apuesta por la democracia es motivo de esperanza, pero la realidad es que aún no se materializa: seguimos inmersos en una "transición" que debe lo principal: volver concretas las expectativas de justicia y equilibrio en la distribución de la riqueza. Todavía, a pesar de los avances modernizadores, seguimos siendo un país con un pasado vivo que es necesario asimilar propositivamente.

Somos hijos de un siglo que ya no cree en nada. Paz dice que vamos a la deriva, que vivimos un vacío en el dominio de la ideas sociales y de la moral colectiva. Pero el futuro está abierto y nos espera a condición de que lleguemos libres: de nuestros fantasmas, de nosotros mismos.

No hay recetas mágicas ni poder alguno que adivine el porvenir, nos dice Paz; ahí radica la maravilla de la vida: todo es posible a cuenta de que se trabaje para conseguirlo; no hay determinismo histórico ni fórmulas científicas que condenen de antemano a ningún pueblo; en la libertad está el verdadero germen del desarrollo; en la capacidad de volver a soñar y de imaginar un mundo mejor.

Creo que Octavio Paz más que plantear, por la vía de la poesía y de la literatura en general, esquemas políticos para afrontar y resolver nuestros problemas, tiende un puente con sus ideas, creadas desde una libertad consciente, para que transitemos por él. La decisión es personal.

Bibliografía directa

- PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, SEP-FCE, 1984 (Lecturas mexicanas, 27, primera serie)
- _____, *El laberinto de la soledad*, Edición de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, 1998.
- _____, *El laberinto de la soledad, Edición conmemorativa, 50 aniversario*, México, FCE, 2000, Tomos I y II
- _____, *Corriente alterna*, México, Siglo XXI Editores, 1988.
- _____, *Posdata*, México, Siglo XXI Editores, 1988.
- _____, *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz, 1981.
- _____, *Tiempo nublado*, México, Seix Barral, 1998.
- _____, *Pasión crítica*, México, Seix Barral, 1985.
- _____, *Primeras letras (1931-1943)*, México, Vuelta, 1988.
- _____, *Pequeña crónica de grandes días*, México, FCE, 1990.
- _____, *Itinerario*, México, FCE, 1993.
- _____, *La llama doble, amor y erotismo*, México, Seix Barral, 1997.
- _____, *Vislumbres de la India*, México, Seix Barral, 1995.
- _____, *Obra poética (1935-1988)*, México, Seix Barral, 1991.
- _____, *Piedra de sol*, Edición de Pere Gimferrer, Barcelona, Mondadori, 1998.

Bibliografía indirecta

Obras sobre Octavio Paz

- AGUILAR MORA, Jorge, *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, México, Era, 1991.
- FLORES, Angel, et al, *Aproximaciones a Octavio Paz*, México, Mortiz, 1974.
- GARRO, Elena, *Memorias de España 1937*, México, Siglo XXI Editores, 1992.
- GIMFERRER, Pere, *Lecturas de Octavio Paz*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- GONZÁLEZ, Javier, *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz*, Madrid, FCE, 1990.
- JIMÉNEZ CATANO, Rafael, *Octavio Paz, poética del hombre*, Pamplona, U. de Navarra, 1992.
- LEMAITRE, Monique, *Octavio Paz. Poesía y Poética*, México, UNAM, 1976.
- MAGIS, Carlos H., *La poesía hermética de Octavio Paz*, México, El Colegio de México, 1978.

- MARTÍNEZ TORRON, Diego, *Variables poéticas de Octavio Paz*, Madrid, Hiperión, 1979.
- MEDINA, Rubén, *Autor, Autoridad y Autorización. Escritura y poética de Octavio Paz*, México, El Colegio de México, 1999.
- MURILLO GONZÁLEZ, Margarita, *Polaridad-Unidad, Caminos hacia Octavio Paz*, México, UNAM, 1987.
- OJEDA, Jorge Arturo, *La cabeza rota (la poética de Octavio Paz)*, Tlahuapan, Puebla, Premiá, 1983.
- PASTEN B., J. Agustín, *Octavio Paz, crítico practicante en busca de una poética*, Madrid, Pliegos, 1999.
- PERALTA, Braulio, *El poeta en su tierra, Diálogos con Octavio Paz*, México, Grijalbo, 1996.
- PEREDA, Carlos, *Coversar es humano*, México, FCE-El Colegio Nacional, 1991.
- PHILLIPS, Rachel, *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*, Madrid, FCE, 1976 (Braviarios, 257)
- PONIATOWSKA, Elena, *Octavio Paz, Las Palabras del árbol*, México, Plaza y Janés, 1998.
- PRADO GALÁN, Gilberto, *Huellas de Salamandra*, México, CONACULTA, 1993, (Fondo Editorial Tierra Adentro, 68)
- RODRÍGUEZ LEDESMA, Xavier, *El pensamiento político de Octavio Paz, Las trampas de la ideología*, México, UNAM - Plaza y Valdés, 1996.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge, *Octavio Paz*, Madrid, Júcar, 1975.
- RUY SÁNCHEZ, Alberto, *Una introducción a Octavio Paz*, México, Joaquín Mortiz, 1990.
- SANTI, Enrico Mario, *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*, México, FCE, 1997.
- SCHÄRER-NUSSBERGER, Maya, *Octavio Paz. Trayectorias y visiones*, México, FCE, 1989.
- SOSA, Víctor, *El oriente en la poesía de Octavio Paz*, Puebla, Secretaría de Cultura de Puebla, 2000.
- ULACIA, Manuel, *El árbol milenario, un recorrido por la obra de Octavio Paz*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 1999.
- VERANI, Hugo J., *Bibliografía crítica de Octavio Paz*, México, El Colegio Nacional, 1997.
- VIZCAINO, Fernando, *Biografía política de Octavio Paz o La razón ardiente*, Málaga, Algazara, 1993.
- WILSON, Jason, *Octavio Paz, un estudio de su poesía*, Bogotá, Pluma, 1980.

XIRAU, Ramón, *Octavio Paz. El sentido de la palabra*, México, Joaquín Mortiz, 1970.

Ensayos sobre Octavio Paz

- DEBICKI, Andrew P., "El trasfondo filosófico y la experiencia poética en obras de Octavio Paz" en *Poetas Hispanoamericanos contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1976 (Biblioteca románica-hispánica, 254), pp. 141-158
- RUY SÁNCHEZ, Alberto, "Octavio Paz: cinco pasiones" en *Diálogos con mis fantasmas*, México, UNAM, 1997, pp. 205-258
- SEGOVIA, Tomás, "Coloquios en Paz"; "Entre la gratitud y el compromiso"; "Poesía y un poeta"; "Nuevos poemas"; "La obra poética"; "Obra maestra" y "El oriente trasladado" en *Trilla de Asuntos. Ensayos II*, México, UAM, 1990, pp. 373-398
- XIRAU, Ramón, "Octavio Paz y los caminos de la transparencia" en *Poesía y Conocimiento*, México, El Colegio Nacional, 1993, pp. 89-141
- _____, "Trivio' de Octavio Paz" en *Poesía Iberoamericana contemporánea*, México, CONACULTA, 1995 (Lecturas mexicanas, tercera serie, 100) pp. 91-107
- _____, "Octavio Paz, poeta de la participación" en *Antología personal*, México, FCE, 1976, (Archivo del Fondo, 67), pp. 51-57
- ZAID, Gabriel, "Nota convergente sobre Octavio Paz"; "Significaciones últimas"; "La limpidez"; "Blanco"; "Primeras impresiones"; "Octavio Paz y la emancipación cultural" y "Un espíritu excepcional" en *Leer poesía*, México, Océano, 1999, pp. 241-277

Hemerografía sobre Octavio Paz

- CASTAÑÓN, Adolfo, "Octavio Paz: fragmentos de un itinerario luminoso" en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm. 70, año XII, vol. 4, México, UNAM, julio -agosto de 1998, pp. 23-38
- CORREA PÉREZ, Alicia, "Acercamiento a la obra de Octavio Paz" en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm. 70, año XII, vol. 4, México, UNAM, julio -agosto de 1998, pp. 39-59
- EUFRACIO, Patricio, "Imagen y arquetipo en los ensayos de Octavio Paz" en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm. 70, año XII, vol. 4, México, UNAM, julio -agosto de 1998, pp. 60-66

- GRENIER, Yvon, "El liberalismo escéptico de Octavio Paz: una mirada a la modernidad política" en *Anuario de la Fundación Octavio Paz*, núm. 1, 1999, pp.65-86
- KRAUZE, Enrique, "La soledad del laberinto" en *Letras Libres*, año II, núm. 23, México, octubre de 2000, pp. 20-27
- MERMALL, Thomas, "El laberinto y el psicoanálisis de la historia" en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, nueva época, núm. 356, México, agosto de 2000, pp. 88-89
- MONSIVAIS, Carlos, "El laberinto de la soledad: el juego de espejos de los mitos y realidades" en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, nueva época, núm. 356, México, agosto de 2000, pp. 40-45
- RICO MORENO, Javier, "La historia y El laberinto..." en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, nueva época, núm. 356, México, agosto del 2000, pp. 104-112
- TORO, Fernando de, "El laberinto de la soledad y la forma del ensayo" en *La gaceta del Fondo de Cultura Económica*, nueva época, núm. 356, México, agosto de 2000, pp.73-74
- ZEA, Leopoldo, "Octavio Paz: identidad y modernidad" en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm. 70, año XII, vol. 4, México, UNAM, julio -agosto de 1998, pp. 11-22
- "El legado de Octavio Paz" en *La Jornada semanal*, ejemplar monográfico, núm. 164, 26 de abril de 1998.
- "El poeta en su tierra" en *La Jornada* en los ochenta años de Octavio Paz, suplemento especial, 31 de marzo de 1994.
- "In memoriam Octavio Paz" en *Vuelta*, ejemplar monográfico, núm. 259, junio de 1998.
- "La voz que nos reúne: 24 maneras de leer a Octavio Paz" en *Vuelta*, ejemplar monográfico, núm. 254, enero de 1998.
- "Octavio Paz en *El Nacional*: itinerario de un siglo" en *Lectura*, suplemento cultural de *El Nacional*, ejemplar monográfico, Nueva época, núm. 29, 25 de abril de 1998.
- "Octavio Paz: 1914-1998" en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, ejemplar monográfico, Nueva época, núms. 330-331, junio-julio de 1998.
- Octavio Paz. Hommage en Nouvelles du Mexique*, numéro spécial, mai-août, 1998.

Bibliografía de consulta

- ARENAS CRUZ, María Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla - La Mancha, 1997.
- BACHELARD, Gastón, *Poética del espacio*, México, FCE, 2000 (Breviarios, 183)
- BOBBIO, Norberto, *El existencialismo*, México, FCE, 1998 (Breviarios, 20)
- CAILLOIS, Roger, *El mito y el hombre*, México, FCE, 1998, (Breviarios, 444)
- _____, *El hombre y lo sagrado*, México, FCE, 1996.
- ELIADE, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, 1999 (El libro de bolsillo, 379)
- _____, *Mito y realidad*, Barcelona, Kairós, 1999.
- GOMEZ MARTÍNEZ, José Luis, *Teoría General del Ensayo*, México, UNAM, 1992.
- KAYSER, Wolfgang, *Interpretación y análisis de la obra literaria*, Versión española de María Mouton y Valentín García, Madrid, Gredos, 1985 (Biblioteca Románica Hispánica, 3)
- NADEAU, Maurice, *Historia del surrealismo*, Montevideo, Altamira, 1993.
- PFEIFFER, Johannes, *La Poesía*, México, FCE, 1986 (Breviarios, 41)
- RAYMOND, Marcel, *De Baudelaire al surrealismo*, México, FCE, 1996, (Lengua y estudios literarios)
- SEJOURNÉ, Laurette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, SEP-FCE, 1984 (Lecturas mexicanas, primera serie, 30)
- SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la Conquista*, México, FCE, 1984.
- XIRAU, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, México, UNAM, 1964
- YAÑEZ, Adriana, *El movimiento surrealista*, México, Joaquín Mortiz, 1979.
- ZAMBRANO, María, *Filosofía y poesía*, México, FCE, 1996.